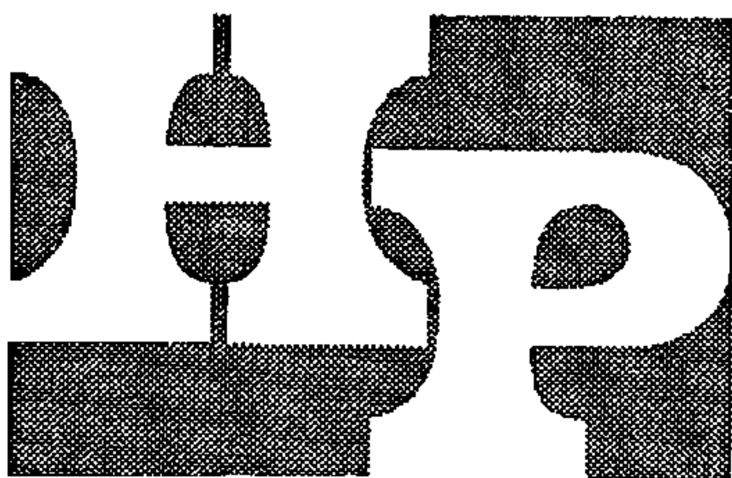


una ciudad «tranquila»

Silver Kane





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UNA CIUDAD TRANQUILA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 443
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 15800-1978
Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, junio, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre acarició el revólver al entrar en el edificio.

Era una casa de madera, compuesta de dos pisos, la cual había sido construida a toda prisa. Entre la puerta y las ventanas del piso superior había un gran cartel que decía:

OFICINAS PROVISIONALES DE LA COMPAÑÍA WANTON

La compañía Wanton no necesitaba presentaciones.

Todo el mundo sabía que estaba construyendo un ferrocarril que trataba de unir Denver con el Pacífico, a través de los desiertos de Nevada y de las montañas más agrestes de California.

El hombre entró sin dificultad.

La puerta estaba abierta.

Ascendió en silencio las escaleras alfombradas, hasta llegar al piso superior.

Allí había una puerta de cristales, tras la cual brillaba una luz amarilla.

El hombre la empujó.

Y parpadeó al ver lo que había allí, porque valía la pena.

Normalmente, las mujeres llevaban las faldas muy largas en aquella época, así como una ropa interior que les llegaba hasta las rodillas. Pero ésta tenía costumbres distintas. Se había subido la falda bastante, para estar más cómoda, y llevaba la ropa interior muy corta.

El espectáculo resultaba fascinante a los ojos del recién venido, que, sin embargo, apretó los labios.

—Hola, señorita Wanton.

—Buenas noches, Johnson. Celebro que haya venido. Creo que aquí, sin testigos, y con un poco de buena voluntad por las dos partes, podemos llegar a un acuerdo.

Johnson asintió.

Era joven, de facciones duras, y llevaba un fino bigotito recortado. Iba vestido impecablemente. Su revólver quedaba muy oculto bajo la levita bien cortada.

—Sí, claro que podemos llegar a un acuerdo, señorita Norman —dijo—. Yo no deseo otra cosa.

Ella se levantó, dejando su trabajo, que consistía en repasar unas interminables listas de cifras, y se alisó maquinalmente la falda.

—¿Quiere sentarse, Johnson?

—Sí, claro… Con mucho gusto.

Ocupó la silla que había frente a la mesa. Ella trató de sonreír animosamente, dominando la chispita de desprecio que brillaba en sus ojos.

—¿Quiere beber algo, Johnson? ¿Le apetece un *whisky*?

—Si usted me lo prepara, claro que sí.

La mujer se volvió de espaldas.

Había unas cuantas botellas en un armario, junto a la ventana, y fue a tomar la más alta.

El hombre extrajo el revólver, con un movimiento centelleante.

Sus labios dibujaron una mueca sardónica, cruel.

No podía fallar.

No le importo tampoco que aquello fuera un asesinato, no le importó que la mujer estuviera de espaldas.

Disparó rabiosamente tres veces.

CAPÍTULO II

Tony Holden cargó de nuevo su rifle, y apuntó furiosamente contra el grupo que se acercaba al galope.

Hizo fuego. Otro de los jinetes dio un extraño salto, como si de repente le hubieran nacido alas, y se sostuvo durante unos segundos en el aire. Luego cayó de golpe y quedó hecho un ovillo en tierra, mientras sus compañeros seguían avanzando.

Holden movió la palanca y disparó por segunda vez.

Un nuevo jinete brincó por los aires, pero éste había sido alcanzado en el vientre, y antes de caer a tierra se contorsionó trágicamente durante unos segundos. En el suelo retorciéndose y lanzando unos aullidos que hacían estremecer.

Los otros jinetes vacilaron un momento.

Habían sido ocho en un principio, y ahora no eran más que cuatro. La alegre borrachera con que habían iniciado aquel ataque se esfumó de repente, como una pompa de jabón que se deshace en el aire.

Ahora se daban cuenta de que tenían enfrente a un tirador experimentado, duro y dispuesto a todo. Por otra parte, entre ellos y el tirador no había más que un pedazo de llanura pelada, con un único relieve, que era la recta línea del ferrocarril. Pero ni siquiera esto podía servir para parapeto, mientras que su adversario estaba situado tras una gruesa pila de troncos. Tampoco parecía haber forma humana de rodearlo y atacarlo por la espalda.

Todo esto pasó por sus mentes en menos de diez segundos, que resultaron fatales. Porque Tony Holden volvió a disparar otra vez, y un nuevo jinete cayó, justo en el instante en que hacía girar su caballo.

Los otros huyeron precipitadamente, sin dar tiempo a su

enemigo a disparar de nuevo. Pegados a los lomos de sus caballos, procuraron formar un solo cuerpo con éstos para que ninguna bala rezagada les alcanzase. Momentos después, ya no eran más que pequeños puntos en la llanura infinita.

Tony Holden movió otra vez la palanca del rifle, pero no hizo ningún nuevo disparo. Se limitó a lanzar una maldición.

Luego, dejó aparecer su cabeza y por el borde de la pila de troncos, y miró hacia el frente, con una absoluta tranquilidad. El peligro quedaba ya bien lejos.

Ante él se extendía la llanura recta, monótona e inacabable, sólo cortada por la línea del ferrocarril, que se prolongaba hasta el límite del horizonte.

Cinco cadáveres yacían muy cerca de aquella vía, retorcidos en las posturas más extrañas y trágicas. Sus caballos habían terminado por seguir a los que huían, aunque más lentamente. Junto a Tony, pegado a la pila de troncos, había otro cadáver: el de Simmons, el vecino que había acudido a ayudarle, cuando el ataque de los forajidos empezó.

Tony Holden se echó el sombrero sobre los ojos, vio que nada podía hacer por su vecino, y salió a la llanura, abandonando la protección que le ofrecían los troncos.

Los cinco hombres a los que había abatido con los disparos de su rifle, también estaban muertos. Incluso el de la bala en el vientre había acabado por exhalar su último suspiro.

Lentamente, Holden volvió al poblado.

Seymour contaba con unas veinticinco casas, y había en ella una iglesia, un establecimiento bancario, una enfermería y una escuela. No había, en cambio, ningún saloon ni tugurio.

Quizá de todas las ciudades del lejano Oeste, era Seymour la más puritana, la más limpia, la más ordenada, la más llena de encanto para los que en el Oeste habían soñado vivir en paz.

Hasta ahora.

Balanceando su rifle, Tony Holden dobló la esquina del primer edificio, dejando atrás la pila de troncos, situada a unas cien yardas de la entrada de la población.

Un mozalbete salió a su encuentro.

—¿Qué, *sheriff*?

—Hum…

Rafols, el tendero, se acercó a él, bamboleando su grueso vientre.

—¿Muchos muertos, *sheriff*?

—Hum…

Una gruesa matrona apareció en una de las puertas, empuñando un rodillo de amasar.

—¿A quién hay que «apiolar», *sheriff*?

—Hum…

—¿Sabe que está usted muy poco comunicativo esta mañana? —chilló la matrona.

El *sheriff* alzó la cabeza y la miró.

—He querido decir que ya no son necesarios sus servicios estimables de machaca-cráneos.

Y siguió caminando.

Unas yardas más allá, frente al edificio donde solía reunirse la Junta de Vecinos, de la cual era presidente, se detuvo y miró en torno suyo.

Bastantes hombres se habían congregado en torno, todos ellos empuñando armas y mirándole en actitud expectante. En estos momentos, todos eran muy valientes y parecían grandes maestros del rifle; pero a la hora de la verdad, ninguno de ellos, excepto Simmons, había ido a ocupar su sitio tras la pila de troncos.

El *sheriff* se limitó a gruñir:

—Todo ha terminado.

Hubiera querido alejarse del grupo, sin perder más tiempo, pero las preguntas llovieron sobre él.

—¿Cuántos eran?

—¿De dónde venían?

—¿Qué era lo que buscaban estos buitres aquí?

—¿Quién los mandaba?

Esta última pregunta fue la única que contestó Tony Holden.

—Los mandaba Karter —musitó.

El nombre hizo que un escalofrío pasara por las espaldas de todos los que formaban el grupo.

—¿Karter?

—Diantre, Karter estaba en Arizona…

—No puede ser…

—Ahora está aquí —dijo sencillamente el *sheriff*—. Y eso no ha

de extrañar a nadie, puesto que Karter va allí donde hay jaleo.

—¿Y en nuestra tierra va a haberlo? —preguntó el tendero Rafols.

—Sí.

—No veo por qué —gruñó el comerciante.

—Pues yo sí —la voz del *sheriff* era clara y metálica—. Esto va a complicarse porque está a punto de ser reanudado el trabajo para el tendido del ferrocarril.

La noticia cayó como una bala de cañón en medio de los reunidos. Todos abrieron la boca al principio con estupor, como si les hubiera movido el mismo resorte. Luego, se miraron con ojos que reflejaban miedo.

El ferrocarril había sido su pesadilla hasta un año antes, en que las obras habían quedado suspendidas a tres millas de la ciudad de Seymour. Durante dos breves semanas, mientras la vía pasó por delante de la población, sus habitantes vivieron sobrecogidos por la presencia de un par de centenares de hombres sedientos de licor y pelea, y un par de docenas de mujerzuelas sedientas de dinero. Pero, de pronto, de la noche a la mañana, las obras habían quedado paralizadas, no se sabía si por ruina de la compañía o por otra causa. Los obreros y las mujerzuelas habían desaparecido tan rápidamente como vinieron. Podía decirse que los habitantes de Seymour no se habían dado cuenta exacta de la situación; para ellos era como si acabasen de vivir un mal sueño.

Y ahora, todo volvía a empezar…

—Esta vez será peor —dijo, sentenciosamente, Rafols.

—Pues la otra vez no resultó agradable…

—Ni mucho menos. Tres vecinos murieron a causa de peleas que no habían provocado, una mujer fue ultrajada y el *sheriff* hizo ahorcar a siete hombres del ferrocarril que se habían propasado con mujeres honestas de la población.

—Realmente, no es mal balance para lo poco que duró la cosa —masculló otro vecino—. Si hay que empezar otra vez, yo no lo aguanto.

—Ni yo —dijo otro.

—Yo me largo…

—¿Cómo sabe que las obras van a ser reanudadas? —preguntó Rafols, más sereno.

—Oí rumores, y la llegada de Karter los confirma. Él no ha venido aquí por casualidad.

—Ojalá se equivoque, *sheriff*.

—Desgraciadamente, no hay error posible. Siempre he pensado que se había invertido demasiado dinero en ese ferrocarril hacia el Oeste para que luego las vías fueran dejadas pudriéndose en la llanura. La guerra no ha hecho más que empezar.

—¿Cuál va a ser nuestra actitud, *sheriff*?

Otra vez era Rafols el que preguntaba.

—Plantaremos cinco horcas a la entrada de la ciudad, y de cada una de ellas colgará uno de los hombres que encontraréis en la llanura.

—¡Pero si están muertos!

—Precisamente por eso. Ya que no sirven para otra cosa, servirán como advertencia a los que lleguen.

Eran bastantes los que, a veces, habían comentado en voz baja la crueldad del *sheriff*.

Y muchos opinaban que la ley no se impone sólo matando, sino convenciendo.

Pero nadie discutía las decisiones del *sheriff* Tony Holden. Él era el alma de la pequeña ciudad.

Podía decirse que la había fundado, cuando aquello no era más que un punto perdido en la llanura, fuera de las grandes rutas de las diligencias y de las caravanas.

Había costeado la escuela con su propio dinero.

Había trabajado muchas horas, en compañía de otros vecinos, para levantar con sus manos la iglesia.

Había cerrado el único saloon que existía en Seymour, cuando unos forasteros intentaron que trabajase en él una bailarina.

Era valiente hasta la temeridad, recto, cumplidor, seco e implacablemente duro.

Esto era lo que más se notaba en él: la dureza. Jamás perdonaba. Jamás, tampoco, suplicaba perdón.

Hizo un somero saludo, y entró en su casa, que estaba muy cerca del Banco, por si era necesario proteger el establecimiento a cualquier hora del día o de la noche.

Rafols, el tendero, murmuró:

—A mí no me quitarán de la cabeza que este hombre es

demasiado duro. La presencia de Karter aquí obedece a una venganza.

—Cierto; quizá alguno de los tipos a los que el *sheriff* ahorcó era amigo suyo.

—Lleva las cosas demasiado lejos.

—Lo curioso es que antes no era así.

—No… —susurró algún otro.

—Desde que murió su mujer, ha cambiado radicalmente.

—¿Hace mucho de esto? —preguntó uno que se había establecido en la población dos años antes.

—Tres años.

—¿Y de qué murió su mujer?

—Oh, nada de particular… Quiero decir que no la asesinó ningún bandolero ni nada semejante. Simplemente, murió de enfermedad. Pero el *sheriff* estaba muy unido a ella, y la consideraba el ser más perfecto de la Creación. Después de enterrarla, todos notamos que algo había cambiado en él. Ya no reía nunca. Ya no bromeaba con nadie. Iba al cementerio, y se quedaba largas horas quieto, como si pudiese escuchar su voz. Luego, a pesar de que esto era demasiado pequeño y no constituía cabeza de condado, se erigió en *sheriff*. Fue entonces, más o menos, cuando empezó lo del ferrocarril.

El vecino novato musitó:

—Yo nunca he entendido bien a este hombre. Sólo una cosa hay de cierta, y es que no tolera la menor transgresión de la ley.

—Ni de la moral.

—Es el tío más inflexible que he visto.

—Odia a las mujeres.

—Y así le va a él…

—Parece que siempre esté mascando plomo.

Mientras tanto, el *sheriff* Tony Holden, quien no podía oír ninguno de aquellos comentarios desatados a su espalda, acababa de entrar en la casa donde vivía.

Dentro de ella se recortaba la figura de una mujer.

El de la placa se desciñó el cinto con el revólver, tras dejar el rifle en el armero, y lo colgó de una percha situada cerca de la entrada. Luego, miró hacia la mujer.

—¿Cómo te sientes esta mañana, querida? —susurró.

—Bien… Quizá un poco nerviosa.

—Haces grandes sacrificios por mí… No creas que no lo comprendo. Jamás sales a la calle.

—Tú me lo pediste así.

Tony Holden susurró:

—Nunca te lo agradeceré bastante. Esos imbéciles que pueblan la ciudad no deben verte. No deben saber que estás aquí. ¡No deben verte nunca! Aunque…, ¿sabes?… las cosas están cambiando mucho.

—¿Por qué?

—Esto vuelve a infestarse, a poblarse de bandidos de todas clases. Tendré que llamar a Zorro Finger…

CAPÍTULO III

Zorro Finger estaba borracho cuando recibió la carta. Estaba ebrio o lo parecía.

Se hallaba tendido en dos mesas del saloon casi juntas, y roncaba tranquilamente cuando el de la diligencia le despertó:

—Eh, tú, tienes una carta.

—¿Con dinero dentro?

—¡Yo qué sé! No las abro.

—¿Y de dónde viene?

—De Seymour.

—¡Qué raro! No recuerdo haber dejado ninguna novia allí…

—La letra es de hombre. Y el remite del sobre dice que esto te lo envía el *sheriff* Tony Holden. Toma.

Zorro Finger se sentó en la mesa para alcanzar el sobre, y suspiró cansinamente. Pero su aliento no olía a licor, ni muchísimo menos. Hubiera podido decirse que, pese a los síntomas, el muy buitre no había bebido una gota.

El de la diligencia lo notó.

—¿Qué te proponías, Zorro?

—El ranchero Benton me busca para liquidarme. He pensado que no se atrevería a disparar viéndome borracho.

—Pero ¿es que tienes miedo?

—No, no… Es que esta noche tengo una partida de naipes y una cita con una chica. Si me peleo con Benton, no llegaré a tiempo.

—Tú siempre serás el mismo, Finger…

—Hasta que un día esté borracho de verdad, no se lo crean y me dejen «apiolado».

Abrió la carta, y leyó su contenido. Sus facciones no reflejaban la menor emoción.

—Voy a tener que largarme —dijo, al fin.

—¿Adónde?

—A una población llamada Seymour.

—¿Dónde infiernos está eso?

—¡Uf! En Colorado.

—Pues no la he oído nombrar nunca.

—No me extraña. Se halla completamente apartada de la ruta normal de las diligencias. Pero muy cerca pasaba un tendido de ferrocarril que se fue al diablo hace algún tiempo, no sé por qué causas.

Zorro Finger se echó su sombrero sobre la nuca, dejó una buena propina sobre el mostrador, a pesar de que no había bebido apenas nada, y salió del saloon.

Había trabajado hasta pocos meses antes como agente especial de la Pinkerton, por lo que tenía algún dinero. No era rico ni lo sería nunca, pero contaba con lo suficiente para trasladarse a Seymour a pesar de que la pequeña ciudad estaba casi en el otro extremo de la Unión.

Fue a la casa de postas, y pidió plaza para la primera diligencia que saliese en dirección noroeste.

—¿Adónde vas? —le preguntó el encargado.

—A Seymour, en Colorado.

—No sé dónde para. Sólo podré despacharte billete hasta Denver, y aun así tendrás que hacer diecinueve transbordos y medio. ¿Cuándo piensas partir?

—Ya te lo he dicho: en la primera diligencia que haga esta ruta.

—¿Es que tienes miedo?

—¿Por qué dices eso?

—Me han asegurado que el ranchero Benton te estaba buscando para felicitarte con plomo.

—Cierto, pero no quiero pelearme. Estoy muy gandul esta temporada.

—¿Qué tiene Benton contra ti?

—A causa de una investigación que hice para la Agencia Pinkerton de detectives, él resultó muy perjudicado. Se comprobó que había comprado reses robadas, y, cuando le desposeyeron de ellas, juró matarme.

—Pues estás en un buen lío. Benton es de los que no perdonan.

Finger se encogió de hombros.

—No sé a qué viene tanta manía. Al fin y al cabo, sólo perdió un puñado de dólares.

—Pero se vio humillado, y eso es lo que no te perdonará.

Zorro Finger se encogió de hombros nuevamente.

—Por mi gusto olvidaría este asunto. En fin, ¿a qué hora sale tu condenada diligencia?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos.

—En ese caso, voy al hotel a pagar la cuenta y a recoger mi equipaje. Estaré de regreso aquí antes de media hora. Y, en efecto, antes de que los treinta minutos hubiesen transcurrido, Zorro Finger se presentó en la casa de postas, llevando sobre su hombro un enorme baúl y sobre el otro la silla de su caballo.

Los que esperaban la diligencia, lo miraron, asombrados.

—Pero ¿qué llevas en ese baúl?

—¿No te cabía la silla ahí dentro?

—¿Tanta ropa tienes?

—¿O quizá está lleno de perfumes para tus conquistas?

Finger soltó la silla, y luego dejó el baúl sobre el porche cuidadosamente.

—El amigo que me escribió desde Seymour me pidió que le llevara unas cuantas cosas.

—Pues va a quedar satisfecho.

—Lo menos te llevas ahí dentro una señora estupenda…

Las bromas menudearon hasta que los caballos fueron enganchados a la diligencia. Zorro Finger cargó él mismo su baúl y su silla, y luego pagó una ronda de bebida a todos los que iban a ser sus compañeros de viaje. Éstos eran tres vaqueros, una mujer joven y un niño de unos ocho años, al que sólo dejaron beber media ración de *whisky*.

Luego, emprendieron el viaje.

—¿De veras que no estás preocupado por lo de Benton? —preguntó uno de los vaqueros a Finger, cuando llevaban unos quince minutos rodando.

Pero Zorro Finger no le contestó, por la sencilla razón de que ya se había dormido.

Al parecer, lo de Benton no le preocupaba ni poco ni mucho. Nada en absoluto.

Sin embargo, media hora más tarde, las cosas empezaron a ponerse feas.

La diligencia atravesaba un pequeño desfiladero cuando tres jinetes aparecieron en la desembocadura del mismo, cortándole el paso.

No iban enmascarados. No tenían inconveniente alguno en que se les reconociese. El que ocupaba el centro era el ranchero Benton.

Los tres llevaban rifles, que mantenían horizontales sobre sus sillas, dispuestos a disparar.

La diligencia se detuvo lentamente con un largo crujido de ballestas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el mayoral.

Benton sonreía secamente.

—Lleváis a un palomo ahí dentro.

—¿Qué clase de palomo?

—Haz que bajen todos, y lo sabrás.

—¿Y si me niego?

—En ese caso tiraremos a matar sobre tus higaditos de gusano o tu cabezota de gorila. Lo mismo haremos si el tipo que está dentro intenta defenderse de algún modo.

El mayoral vio que le estaban apuntando. Conociendo a Benton dedujo que éste cumpliría su amenaza a la primera señal de alarma.

Volvió la cabeza.

—Sus amigos están aquí, Finger —gritó—. Lo siento, pero va a tener que bajar con las manos en alto. De lo contrario, mi mujer se va a quedar viuda, y mi novia se va a quedar soltera. Esos majaretas me están apuntando.

Zorro gruñó:

—Está bien. Bajo.

—Pero no intentes ninguna treta —masculló Benton—. En cuanto muevas un solo dedo, te asamos.

—Me vais a asar, de todos modos… —susurró Finger, mientras bajaba con las manos en alto, tal como le habían ordenado.

—Ponte a tres pasos de distancia del carruaje.

Benton daba las órdenes con voz ronca, mientras examinaba a su víctima, pulgada por pulgada.

Se dio cuenta de que en el costado izquierdo de Finger relucía un «Colt» último modelo. Finger no era zurdo, ni mucho menos;

llevaba así el revólver por broma. Decía que le gustaba plantear problemas a sus enemigos, antes de enviarlos al otro barrio.

Benton señaló el revólver.

—Lánzalo a tierra. Pero sácalo con dos dedos solamente.

Finger lo hizo. El ruido que produjo el «Colt» al caer a tierra fue como el de una losa sepulcral, al ser encajada en la tumba.

El silencio que se formó a continuación fue el más denso que aquellos seres recordaban. Un silencio angustioso, espeso y que casi se paladeaba. Benton fue entrecerrando los ojos.

Aquello indicaba que iba a disparar.

—¿No tiemblas? —preguntó, mirando a Finger, con voz ligeramente decepcionada—. ¿No haces nada para salvar tu cochina vida?

—Nadie puede evitar que una serpiente muerda y que un cochino asesino cometa su crimen —dijo Finger, con voz extrañamente tranquila—; pero voy a decirte algo, Benton.

—Habla. Me divierte oír tu voz…

—No eres más que un vulgar delincuente de baja ralea, y cuando se descubrió el sucio asunto de los cuatreros, no fuiste procesado porque eras el único que tenía dinero en la bolsa, y el dinero oculta muchas cosas. Sin embargo, pagarás esto, Benton. Tú y tus hombres, que son también unos vulgares asesinos.

Benton levantó suavemente el rifle.

Bruscamente la tensión había pasado a ser dramática, tan insoportable que todos los testigos tenían la sensación de que sus bocas, espantosamente secas, se habían llenado de arena.

Uno de los hombres que acompañaban a Finger en el viaje no pudo soportarlo.

Bruscamente, sacó la cabeza del carruaje, mientras gritaba:

—¡No lo harás, Benton! ¡Eso sería un vulgar asesinato! No lo hagas…

El disparo le rozó la cabeza, sin dejarle terminar la palabra. No lo mató, pero fue lo suficiente para hacerlo rodar por tierra, mientras sus mejillas se cubrían de una espesa capa de sangre.

Benton rió suavemente, con una risa que iba subiendo de tono a cada segundo, como una melodía macabra.

—Claro que lo haré… —explicó, al cabo de unos instantes—. ¿Es que alguien lo duda aún? Sé que en la diligencia viaja un niño

porque he visto subir a los viajeros en la ciudad. Si alguien más mueve un solo dedo, tiraré contra la carrocería. Seguro que ni el niño ni su madre se salvan. Es sólo una advertencia…

Zorro Finger volvió la cabeza para decir:

—Que nadie se mueva. Cubra usted al niño, señora. Dejen que yo me las entienda sólo con estos tipos…

Benton levantó un poco el rifle y se lo encajó en la cara, apuntándole cuidadosamente.

—Tú y yo ya nos hemos entendido, muchacho… Espero que no te quejes al recibir la primera bala, aunque pienso hacerte sufrir un poco… De todos modos, piensa que algún día nos encontraremos en el Valle de Josafat.

Fue a apretar el gatillo, mientras una suave y burlona sonrisa distendía sus labios.

Y en aquel momento ocurrió algo increíble, algo que nadie se hubiera ni tan siquiera atrevido a soñar.

El pesado baúl que Zorro Finger había puesto en el techo del vehículo se abrió de pronto. En realidad, ya había estado abriéndose poco a poco, desde unos segundos antes, sin que nadie se diera cuenta.

De su interior surgió un hombrecillo. Un tipo lo bastante pequeño para poder soportar el encierro en aquel baúl, sin grandes incomodidades, pero también lo bastante grande para manejar dos «Colt» con la maestría de un auténtico
gun-man.

Aquellos «Colt» vomitaron plomo, de repente. Los dos hombres que acompañaban a Benton fueron alcanzados en sus cabezas, en dos puntos casi exactamente iguales. Abrieron los brazos y cayeron hacia atrás, haciendo exactamente los mismos gestos.

Benton, sobresaltado, no acertó a disparar en el primer instante. Volvió la cabeza hacia sus compañeros caídos, de un modo maquinal, y eso le perdió por completo.

Zorro Finger se puso de pie de un salto. A su frente habían acudido, en el último momento, unas gotitas de sudor.

Miró al hombrecillo, el cual aún estaba a medio salir del baúl, con los revólveres todavía humeantes.

—Creí que no te movías, Pouce —farfulló—. Diantre, ya empezaba a sentir miedo…

El llamado Pouce preguntó con voz cavernosa:

—¿Miedo tú, mangante?

—Me había puesto a recordar aquella vez en Arkansas, cuando te quedaste dormido dentro del baúl y…

—¿Quién se acuerda de eso ahora? Lo que sucedió entonces fue que la que amenazaba con matarle era una mujer, y yo estaba dando tiempo para ver si al final te casabas con ella…

Salió al fin del baúl, lo cerró de un seco golpe y saltó ágilmente a tierra desde el techo del carruaje.

Era un tipo verdaderamente curioso. Pequeñajo, pero con cara de mal genio, pelo color panocha, chaleco que hubiera podido servir para un niño, botas donde casi cabía él dentro entero, y dos revólveres cuyo cañón le llegaba hasta las rodillas. No usaba sombrero, sin duda porque le hubiera molestado para viajar dentro del baúl.

Miró a los tres caídos y decretó:

—

R. I. P.

Están listos.

—No creo que nadie lo sienta —masculló Finger—. Vamos, sube al carruaje, y viaja como una persona. Yo iré con el mayoral.

Pouce subió. Vio que los rostros de todos los presentes reflejaban el más profundo asombro.

—Pero ¿es que ya sabían lo que iba a ocurrir? —preguntó uno de los viajeros.

—Lo sospechábamos. Finger no deja nunca nada al azar. Por algo le llaman Zorro.

—¡Caray!… Pues nos ha helado la sangre. Le juro que yo ya volvía a tener en la boca el *whisky* que bebí la semana pasada.

—Si siguen con nosotros, verán cosas peores —sentenció Pouce. Y, cruzando los brazos sobre el pecho, se dispuso a dormir tranquilamente.

Pero el mayoral le zarandeó.

—Eh, tendrá que pagar su pasaje.

—¿Yo?

—Y doble. Ha venido oculto hasta aquí; Viaja sin billete.

—¡Pero si en la mitad de las diligencias paga uno cuando le da la gana!

—En ésta, no. Ésta pertenece a una compañía bien organizada. Pague o le echo por la ventanilla.

Pouce se rascó el bolsillo pensativamente.

—Para que luego digan que la gente es agradecida. Mira que obligarme a pagar, encima…

—De todos modos, puedo hacer algo por usted —dijo el mayoral.

—¿Sí? ¿Qué?

—Cobrarle un billete de niño.

Pouce lanzó un bufido que por poco rompe los cristales. El mayoral tuvo que largarse a toda prisa.

Poco después, la diligencia seguía su viaje hacia el noroeste, dejando atrás los cuerpos de los muertos.

CAPÍTULO IV

Conforme avanzaba por el territorio de Colorado, después de un par de semanas de viaje, notaban que el paisaje se iba haciendo más quieto, más neblinoso, más siniestro, en cierto modo.

Durante unos días habían viajado a través de una espesa capa de lluvias, bajo unas nubes que parecían rozar el techo de la diligencia. Ahora la lluvia había cesado, pero quedaban la humedad, la bruma y el misterio. Daba la sensación, y no se sabía bien por qué, de que aquél era un país de brujas.

Finger sacó la cabeza por la ventanilla cuando una de las ruedas de la diligencia se hundió en un hoyo, produciendo un traqueteo que por poco les obliga a todos a salir disparados por el techo.

—¿Qué ocurre?

—¿Y lo pregunta? ¡Nos hemos metido en un bache donde cabe la diligencia entera!

—Voy a ayudar.

Finger salió, junto con dos pasajeros más. El mayoral saltó también de su asiento.

—¡Ocurrirnos esto cuando estábamos a cuatro millas de la ciudad! ¡Vaya mala pata!

—¿Qué ciudad?

—Seymour.

Finger se rascó la mandíbula.

—¡Diablos! ¡Entonces, este pequeño cementerio debe corresponder a la ciudad!

En efecto, se habían detenido junto a un cementerio perdido en la llanura, donde apenas cabían media docena de tumbas. Todas producían una rara sensación de olvido y de tristeza, arrancados sus últimos adornos por los vendavales y las lluvias.

Zorro Finger se las quedó mirando no sabía bien por qué.

Instintivamente, se quitó el sombrero.

Una suave melancolía se iba apoderando de él, una tristeza que era incapaz de definir, pero que se iba introduciendo muy adentro de su alma, como se metía en sus huesos el frío de la llanura.

El mayoral preguntó:

—¿Qué? ¿No seguimos?

Finger hizo un suave gesto.

Estaba mirando una tumba.

—Se lo ruego —pidió—. Es sólo un momento.

Sobre la lápida se leía una inscripción, muy límpida, a causa de las lluvias recientes:

HIC YACET
ELEONORA HOLDEN
R. I. P.

La inscripción no podía ser más sencilla, pero resultó enormemente expresiva para los ojos de Zorro Finger.

—Tiene que ser la esposa de Holden —balbució—. Sabía que se había casado, pero no podía imaginar…

El mayoral se acercó.

—¿Algún amigo suyo?

—La esposa de un amigo. Precisamente, el que me ha llamado a Seymour.

—Diablos, entonces se trata del *sheriff* Holden.

—Sí.

—No me diga que esa especie de buitre es amigo suyo.

—¿Es que tiene mala fama?

—Mala fama precisamente, no, pero se le considera hombre implacable, y con el que no se puede dialogar. Está empeñado en que Seymour sea la ciudad más pacífica de todo Colorado, y no se ha dado cuenta de que los sitios demasiado tranquilos se parecen sospechosamente a un cementerio.

Finger se encasquetó el sombrero.

—Bueno, supongo que, de todos modos, esto se complicará con la continuación de las obras del ferrocarril. Vamos.

Subió de nuevo a la diligencia, donde todos los viajeros dormitaban, a excepción de Pouce, quien estaba sacando brillo a uno de sus monumentales revólveres.

Poco más allá se encontraron con un espectáculo que no tenía nada de grato ni de consolador.

Varias horcas se alzaban al margen del camino, y de cada una de ellas colgaban los restos de lo que había sido un hombre. Los buitres y el tiempo habían realizado una obra destructora, que hacía temblar los párpados a cualquiera que mirase aquello. Un cartel medio borrado advertía que a cualquier pistolero que pretendiera instalarse en la ciudad, más le valía pasar de largo.

—Eso es obra de Tony Holden —dijo el mayoral a Finger, que ahora iba sentado en el pescante.

—Pues la verdad es que no sé si entrar yo en la población. A mí se me considera un pistolero.

—Mal asunto. Con Holden no le valdrán amistades. Cuando él cree que es justo liquidar a alguien, lo hace, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo. Vaya con cuidado con lo que hace aquí, Zorro.

El joven meneó lentamente la cabeza, afirmando.

Más allá de la población, a la izquierda, pero muy lejos, se distinguía como un pequeño campamento, en el que alguien había encendido una fogata.

—¿Qué es aquello?

—Un punto adelantado de los obreros del ferrocarril —explicó el mayoral—. De momento, no se atreven a entrar en la ciudad porque son pocos, pero no sé lo que va a ocurrir cuando empiecen a llegar las brigadas completas.

—¿Trabajan, mientras tanto?

—Se limitan a acumular material, pero eso indica que muy pronto continuarán el tendido de las vías.

—Entonces, habrá problemas con Tony Holden…

—Muy graves, a menos que cambie un poco de modo de pensar. Pero no creo que lo haga.

En aquel momento, entraban en Seymour. La ciudad, si es que se le podía dar ese nombre, constaba de una sola calle, pero tan pulcra y limpia como Finger no había visto otra desde que puso los pies en el Oeste.

El *sheriff* Holden aguardaba la llegada de la diligencia. Era su

obligación, y la cumplía escrupulosamente.

Estuvo viendo bajar a los pasajeros, uno de los cuales, Pouce, le llamó poderosamente la atención, por su estatura y sus gigantescos revólveres. Pero no dijo nada. Pouce, por su parte, le preguntó dónde podía alojarse, y no hizo nada para demostrar que conocía a Zorro Finger, quien descendió a continuación.

Una sonrisa hizo cambiar el serio rostro del de la placa, cuando vio a Finger.

—Muchacho… —susurró.

Zorro Finger le estrechó la mano.

Había una cierta diferencia de edad entre los dos hombres.

El *sheriff* Tony Holden debía contar unos cuarenta años, aunque conservaba el vigor de un muchacho. Zorro Finger contaba veintiséis. Iba vestido con cierta despreocupación, lo que, en algún aspecto, le hacía parecer aún más joven.

—Celebro que hayas venido —dijo el de la placa.

—Lo hice enseguida de recibir tu carta.

—¿Has tenido buen viaje?

—Regular. Sólo he pasado por un tiroteo más o menos serio, y eso, en estos tiempos, puede considerarse como la más completa paz.

—Te alojarás en mi casa, claro.

—Como a ti te parezca.

Finger tomó su baúl vacío y su silla, cuando fueron descargadas ambas cosas, y se dirigió hacia la casa del *sheriff*.

—Es una de las más bonitas de la ciudad —comentó.

—Y está junto al Banco. Así puedo protegerlo sin la menor tardanza, en caso necesario.

—Tú siempre tan cumplidor, ¿eh?

—Si no lo fuese, no llevaría la estrella en el pecho.

—¿Qué tal es esta ciudad?

—Intachable. No se produce aquí la menor falta a la moral. Yo no lo consentiría.

—¿Con quién vives?

—Con mi hermana Ethel.

—No sabía que tuvieses una hermana.

—Ella ha estado viviendo en el Este hasta hace poco. Es, en todos los sentidos, una señorita.

—¿Soltera?

—Claro que sí.

Los dos hombres subieron al porche. El *sheriff* abrió la puerta, y acudió a recibirles una mujer que ya parecía esperar, en el vestíbulo, la llegada de ambos.

—Mi hermana —presentó el de la placa.

Finger fue a decir, maquinalmente:

—Mucho gusto…

Y de pronto, se detuvo, porque no podía hablar. Había quedado con la boca completamente abierta.

CAPÍTULO V

La muchacha notó el asombro en las facciones de Finger. No supo comprender la causa en aquel momento, y por eso susurró:

—¿Le ocurre algo, señor?

—No… Nada.

—Perdone, pero usted me ha mirado como si me conociese. ¿Dónde nos hemos visto antes?

—En ninguna parte… Perdone, no haga caso de mi cara. Reconozco que soy un tipo raro.

Pero el que también había notado la expresión de Zorro Finger era Holden.

Musitó:

—Ethel, ¿por qué no vas a preparar unos combinados de esos que tú conoces tan bien? Nosotros esperaremos lo que haga falta.

—Con mucho gusto.

La muchacha salió.

Notaba que los dos hombres querían estar solos, especialmente el *sheriff* Holden.

Éste dio unos pasos por la habitación, mientras miraba fijamente a Zorro.

—Bueno, ¿qué demonios te pasa? —murmuró quedamente—. ¿Puedo saber por qué has puesto esa cara o es un secreto?

—No, no es un secreto. Y tú sabes la causa mejor que yo.

—Claro. Esa muchacha se parece a…

—Se parece a Eleonora —le cortó Finger—. Se parece tanto, que cualquiera diría que es la misma.

—Puedo jurarte que no lo es.

—Ya imagino que no. He estado antes en el cementerio de la ciudad. Ha sido puramente casual, puedes creerme. Y he visto la

tumba de Eleonora.

Holden apretó los labios.

—Creí que ya no te acordabas de ella.

—Claro que me acuerdo… Nunca la podré olvidar. Aunque…, bueno, aunque los recuerdos ya no sirven para nada. Fue la primera novia que tuve, cuando yo acababa de cumplir los veinte años. Luego reñimos por… por una de esas tonterías de enamorados jóvenes. Ella se marchó de la ciudad, y ya no volví a tener noticias suyas. No las he tenido hasta ahora, al ver su lápida. Nunca imaginé que, con el tiempo, llegaría a casarse contigo.

El de la placa dio unos pasos por la habitación. Se le notaba aturdido, dominado por una sensación molesta.

—¿Cómo sabes que se trata de la misma Eleonora?

—Porque tú la viste una vez, cuando aún éramos novios, y tuviste la franqueza de decirme que te habías enamorado de ella, y que no te la llevabas contigo a causa de la diferencia de edad. Doy por descontado que al final la encontraste de nuevo en tu camino y… Bueno, ¿de qué murió?

El de la placa miró fijamente a Finger.

Notaba que las facciones de éste estaban tensas.

Finger sentía un dolor oculto, un dolor que no quería confesar, y que ocultaba bajo su coraza de hombre duro e impenetrable, que no había llorado jamás.

Hizo un gesto que quería ser de aliento, y dio una palmada en un hombro del pistolero.

—Muchacho, no vamos a discutir por eso, ¿eh?… Ya ves que yo ni siquiera lo pensaba, desde el momento que te he traído aquí. Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos. A pesar de la diferencia de edad, hemos cabalgado juntos y hemos ido dejando a nuestra espalda un buen sendero de tumbas.

—Te he hecho una pregunta, Holden, y tú no me has contestado aún. ¿De qué murió Eleonora?

—Íbamos a tener un hijo.

—¿Y…?

—Bueno… ¿qué te puedo decir? Yo era el hombre más feliz del mundo. Hasta estaba dispuesto a colgar el revólver… Pero todo se fue al diablo. Ella adquirió una enfermedad y murió. Ni siquiera el pequeño pudo salvarse. Te juro que hice lo que pude… Y a partir de

aquel momento me volví más salvaje que nunca. Noté que no quería a nadie, que mi vida no tenía sentido. Lo único que llegó a importarme fue la ley. Y comprendo que soy una especie de bestia, pero no puedo evitarlo.

—¿Y esa mujer?

—La encontré por casualidad. Hará…, bueno, no sé cuánto tiempo, unos pistoleros la perseguían. Eran seis. Yo maté a tres con el revólver, ahorqué a otro y no pude impedir que dos huyeran. A la chica la traje aquí… por la razón que tú mismo ya has visto. Porque era como tener otra vez a Eleonora conmigo. A todo el mundo digo que es mi hermana Ethel, para que no piensen mal, dado que mi fama aquí es intachable. Pero te juro que no le he tocado ni un pelo de la ropa.

—Y ella, ¿qué dice?

—Ella no sale nunca.

—¿Por qué?

—Pues… supongo que tiene dos razones. Una, que aquellos pistoleros que la acorralaban, y de los que dos quedan con vida, no la vuelvan a encontrar. Otra, que yo no la dejo salir.

—¿Por qué?

—No quiero que la vea nadie.

—Eso es muy cruel, ¿te das cuenta? Es como tenerla prisionera…

—¿Y qué, si se siente a gusto así?

Los nudillos de Finger crujieron, sin que él se diera cuenta. Había apretado los puños con una fuerza terrible, al ver entrar otra vez a la muchacha.

Ella traía una bandeja de plata, con dos copas llenas de un líquido color ámbar.

—Espero que le guste, señor.

Finger tomó una de las copas y la vació de un trago.

Ni paladeó el licor siquiera.

—Muy bueno —dijo—. Estupendo.

Ella le miró, asombrada.

—¿Siempre bebe así, señor?

—Casi siempre. Bueno, Holden, ¿para qué me has hecho venir aquí?

—Te necesito.

—Y yo he acudido a tu llamada. Ya sabes que nuestra amistad está por encima de las distancias. Pero ¿qué puedo hacer yo en Seymour?

—Verás, es un problema muy complicado. Van a trazar por aquí cerca una línea del ferrocarril Denver-Pacífico, perteneciente a la Compañía Wanton. La gentuza que trabaja en los ferrocarriles ha infestado la comarca, y aquí hace falta mano dura, pero un hombre solo no puede imponerla. Te necesito, Finger… De todos modos, ya hablaremos de eso mañana. No hay razón para que te de la lata ahora… Anda, ve a tu habitación. Ethel te la enseñará. Es en el primer piso.

E hizo una seña a la muchacha.

Ella murmuró:

—Venga, señor.

Finger la siguió.

La casa estaba muy cuidada, muy limpia.

Ella abrió una de las puertas del primer piso.

—Es aquí, señor.

Finger echó una ojeada.

La habitación era acogedora, limpia y grande. Tenía una ventana que daba a la calle lateral.

—¿Le gusta, señor?

—No me trates con tanta ceremonia. Llámame solamente Finger, si quieres. O Jim, que es mi nombre de pila.

—Bien, señor. Procuraré hacerlo.

Y la muchacha salió.

Zorro se llevó una mano a los ojos, mientras mil recuerdos acudían a él, llegando a aturdirle.

¡Seis años atrás, todo había sido tan distinto, tan…!

Bueno, no valía la pena pensar en ello.

Saltó por la ventana a la calle, y se dirigió al saloon, dispuesto a emborracharse.

Pero no sabía cómo era aquella ciudad. No sabía que allí, la bebida más fuerte que servían en el saloon era la leche de vaca.

Rodeó la casa, para salir a la calle principal y buscar con la mirada el saloon, que no podía hallarse lejos. Pero en ese momento oyó un grito.

Un grito lacerante de mujer, que salía del interior del edificio.

CAPÍTULO VI

Finger corrió hacia la puerta, con el revólver preparado. Fue a dar un empujón para tumbarla.

No se dio cuenta de que la trampa estaba allí.

De que un hombre apuntaba con su rifle a la entrada de la casa, por si alguien corría hacia ella.

La bala arañó una de las mejillas de Finger, haciéndole tambalearse. La sensación de muerte fue sencillamente brutal. Creyó que el plomo le había alcanzado de lleno.

Rodó por el porche, mientras sacaba el revólver.

El hombre que acababa de disparar se aprestó a apretar el gatillo de nuevo, mientras asomaba un poco la cabeza para apuntar con más seguridad.

Creía que sólo se trataba de rematar a un enemigo, ya moribundo.

Aquella especie de luz amarilla brillando ante sus ojos le convenció de lo contrario. Ni siquiera se enteró de lo que pasaba. De pronto, lo vio todo rojo. La bala había estallado materialmente en su cabeza, volándole la tapa de los sesos.

Finger miró en torno suyo, por si aún había agazapado algún enemigo más.

Pero no se distinguía a nadie.

En cambio, el grito dentro de la casa había vuelto a repetirse.

Ethel estaba en peligro.

Zorro dio un terrible empujón a la puerta de su casa, haciéndola temblar hasta los goznes. La hoja de madera cedió. Vio a Holden en el vestíbulo, entre un charco de sangre, mientras un desconocido se aprestaba a machacarle la cabeza con la culata de su revólver.

Querían permitirse el lujo de matarle a golpes.

Finger susurró:
—Sí, muchacho.
De dos disparos mató al desconocido, y a continuación hizo un gesto con la derecha, como si sacudiera el revólver.
El cilindro se abrió.
Finger repuso con la mayor tranquilidad las tres balas que faltaban, mientras se acercaba a las escaleras.
Pasó junto al *sheriff*.
Vio que éste no estaba muerto. Simplemente, le habían golpeado por la espalda, haciéndole perder el sentido, y dibujando un profundo corte en su parietal derecho, por donde manaba la sangre. Pero un minuto más tarde, Holden hubiera estado ya muerto.
Finger llegó al piso superior.
No se daba prisa.
Sus facciones estaban rígidas cuando vio a los dos tipos. Los dos llevaban las armas en las manos, mientras arrastraban por el pasillo a Ethel, sujetándola por los tobillos. Sin duda, querían sacarla de la casa, fuese como fuese, y la muchacha no tenía la menor probabilidad de resistirse.
La falda se le había subido mucho, con la postura.
Demasiado.
Los dos granujas estaban tan entusiasmados, que no se dieron cuenta hasta el último instante de la presencia de Zorro Finger.
Uno de ellos gritó:
—¡Cuidado!
Pero ya no había tiempo para nada.
Sólo para matar o morir.
Finger había encorvado el cuerpo.
Por su cerebro pasaba un solo pensamiento:
Matar…
Disparó dos veces, haciendo girar el revólver en abanico. Uno de los dos hombres cayó, mortalmente alcanzado. El otro salió despedido hacia atrás a causa de la fuerza de la bala, pero ésta sólo le había alcanzado en una cadera. Aún podía disparar.
Se introdujo en una de las habitaciones, mientras apretaba el gatillo rabiosamente.
Finger, por segunda vez en pocos minutos, sintió otra vez la muerte en los ojos, en la boca.

Las balas le habían rozado. Tuvo que pegarse a la pared, mientras disparaba de flanco.

Era inútil. Su enemigo había desaparecido ya. Sin duda, trataba de huir por una de las ventanas.

Finger pasó tranquilamente por encima de la chica, que continuaba tendida en el suelo.

Había allí para detenerse a mirar muchas cosas, él no le dirigió más que una leve ojeada. Su cerebro seguía ocupado por el mismo siniestro pensamiento de antes y por nada más.

Se asomó por la ventana de su propia habitación, y vio al pistolero, que trataba de descolgarse por la contigua.

Los dos hombres estuvieron frente a frente unos segundos, unos segundos preciosos que sólo uno de ellos aprovechó. Finger hizo fuego casi a quemarropa, sin apuntar, porque no hacía falta. El pistolero cayó, lanzando un alarido de muerte.

Zorro volvió a sacudir el revólver y a cargarlo.

Luego, regresó al pasillo, dispuesto a descender al vestíbulo y ayudar a Holden, si hacía falta.

Pero oyó detrás de él la voz de Ethel:

—¿Sabe a quién ha matado, Finger?

Él se detuvo en el primer peldaño. Sus facciones estaban tan tranquilas como siempre.

—¿A quién he matado, muñeca?

—¿No lo conocía?

—No.

Ella dijo, con un soplo de voz:

—Era Donovan…

CAPÍTULO VII

Finger volvió la cabeza hacia la mujer, con expresión interrogativa. Él había oído nombrar a Donovan, como todo el mundo. Sabía quién era y lo peligroso que era meterse con él.

No porque Donovan fuera un gran pistolero, ya que no lo era. La prueba estaba en que lo había matado con facilidad.

Lo peligroso del asunto estaba en que aquel tipo siempre había contado con una organización perfecta, de la cual formaban parte los más temibles asesinos del Oeste central. Resultaba muy dudoso que éstos se resignaran a dejar sin venganza la muerte de su jefe.

Pero a Finger no le preocupaba eso demasiado.

Sonrió.

—Bueno, lo que venga ya vendrá. No hay que preocuparse demasiado por el día de mañana. ¿Te sientes bien, preciosa?

—Por favor, no me llame «preciosa».

—¿Por qué? ¿No lo eres?

—Al *sheriff* no le gustaría.

La sonrisa de Finger se hizo más amplia, pero eso no engañó a Ethel. Ella notó que los ojos del pistolero chispeaban con cierta tristeza.

—Lo siento —susurró Ethel—. Usted puede llamarme como quiera, ¿sabe? No me gustaría que algún día tuvieran una discusión por mí.

Zorro no contestó.

Ayudó a incorporarse a Ethel, y luego volvió a descender a la planta baja, donde Holden empezaba a reanimarse.

Le ayudó a incorporarse también, sentándolo en el diván y restañándole la sangre.

—¿Qué hay? ¿Cómo te sientes, campeón?

—¡Maldita sea! Les voy a…

—No te preocupes. Están todos muertos.

—¿Los has… liquidado?

—Sí. Y al parecer, uno de ellos era Donovan.

—Donovan, ese perro…

Finger le preparó un vaso de licor.

—Lo cual significa que esto traerá cola, muchacho. Donovan tenía una banda muy poderosa, que hará lo que sea para vengarle.

—Lo que le faltaba a esta ciudad. Eso y el ferrocarril… ¡Con lo tranquilos que vivíamos hasta hace poco!

Bebió el licor de un trago, y luego lanzó una salvaje maldición, que no estaba muy de acuerdo con su fama de hombre que había pagado la construcción de la iglesia. Holden, de vez en cuando, sin poderlo evitar, volvía a sus buenos tiempos, cuando era un pistolero de la frontera. Él había enseñado a disparar a Zorro Finger, y por eso Zorro Finger le respetaba y le consideraba en todos los sentidos su maestro.

El joven se preparó también una copa de licor.

—¿Por qué han venido? —preguntó.

—Supongo que por Ethel.

—¿Qué tiene ella que ver con eso?

—Ya te lo expliqué: unos pistoleros la perseguían, supongo que con intenciones muy poco claras. Yo hice una escabechina entre ellos. Lo que no imaginaba era que perteneciesen a la banda de Donovan. La han debido estar buscando durante todo este tiempo, y al fin, algún soplón les habrá dicho dónde estaba.

—Supongo que tú les interesabas tanto como ella —dijo Zorro—. Han intentado matarte.

—Ya lo imagino. Y de no ser por ti, me hubiesen dejado seco fácilmente. Me han sorprendido por la espalda, cuando menos podía imaginarlo.

Finger dejó el vaso sobre una mesa.

—Bueno, no debemos pensar en todo eso. Cuando el jaleo llegue, llegará. Y ahora, ¿puedes decirme para qué me has hecho venir aquí?

Holden explicó en pocas palabras lo que había significado el ferrocarril para la comarca. Antaño, aquello era tranquilo y pacífico. Luego, con la llegada de los obreros que trabajan en la

línea, y sobre todo de los pistoleros que les protegían, la ciudad se convirtió en un infierno, hasta que el tendido del ferrocarril se suspendió. Pero como ahora se decía que los trabajos iban a reanudarse, temía que las cosas volvieran a ser como antes, a quizá peor.

El joven le escuchaba en silencio.

Luego, murmuró:

—Tú estás desfasado, amigo. Piensas igual que la gente de hace treinta años, y treinta años son demasiado tiempo en el Oeste.

—¿Por qué estoy desfasado?

—El ferrocarril significa el progreso.

—A mí el progreso me importa tres diablos.

—La ciudad cambiará. Dentro de veinte años, no va a conocerla nadie.

—A ese precio no me interesa la prosperidad. Y estoy dispuesto a enviar a la horca a todo aquel que perturbe el orden.

Finger se encogió de hombros.

—Bien, amigo… De todos modos, te ayudaré. Y ahora, como el *whisky* que tienes es detestable, me voy al saloon a echar un trago.

—No te servirán alcohol. Yo tengo esta botella en secreto, y para casos excepcionales. En esta ciudad no entra el *whisky*.

—¡Pues sí que da gusto vivir aquí!

—Piensa lo que quieras. Ésta no será nunca más la tierra del diablo.

Zorro se encogió de hombros otra vez.

—Ya verás como a mí me sirven *whisky*. Al tiempo, muchacho.

Y se largó.

No sabía bien por qué, pero no se sentía a gusto en aquella ciudad.

Él necesitaba otro ambiente. Él necesitaba jaleo continuo.

Un jaleo que no consistiera precisamente en matar gente. No, eso no. A él le gustaban las broncas y los puñetazos, y eso lo encontraría muy difícilmente en una ciudad donde no despacharan alcohol.

Entró en el saloon.

Miró el ambiente, y se acercó a la barra.

Eh, amigo.

El dueño se volvió hacia él.

Para ser un cadáver no le faltaba nada, excepto estarse quieto. Era uno de los tipos más siniestros, pálidos y apergaminados que recordaba haber visto.

—¿Qué quiere?

Zorro hizo una mueca.

—Nada, amigo. Me ha quitado la sed.

Y se dirigió a otro lado de la barra, donde había un camarero que al menos tenía aspecto de estar vivo.

—Oiga, compañero. ¿Qué es lo más fuerte que sirven aquí?

—Leche bien calentita, señor. Y, si lo desea, le añadiremos unas gotitas de aguardiente medicinal de hierbas.

Zorro hizo una mueca tal, que la dentadura pareció cambiarle de sitio.

—¿Lo dice en serio, amigo?

—Y tan en serio… Aquí había hace tiempo un saloon como los demás, con escenario para las bailarinas incluido, pero el *sheriff* lo hizo cerrar. Ahora esto no se puede llamar saloon. Es una especie de cantina. Servimos comidas caseras, leche caliente y… to… todo eso.

—Divertido, ¿eh?

—No se lo puede imaginar. Nos mondamos de risa.

—He visto que hay un edificio de la Junta de Vecinos.

—Sí. Y el presidente es el *sheriff* Holden.

—Allí habrá un bar, ¿no?

—Desde luego, pero no se haga ilusiones. Si aquí, como quién dice, sólo servimos agua fresca, imagine lo que será la Junta de Vecinos. Si se acerca por allí, le da un ataque, amigo.

Zorro depositó medio dólar sobre la barra.

—Tome.

—Pero ¿por qué, amigo? ¡Si no ha tomado nada!

—Se lo pago por la información. Es de agradecer, qué caramba.

Y fue a salir a la calle. El camarero le llamó.

—¿Adónde va? Le garantizo que no va a poder encontrar licor en toda la ciudad.

—Hum… No se preocupe. Yo sabré arreglármelas.

Y se dirigió hacia unas lucecitas que se distinguían al fondo, a unas quinientas yardas de la última casa de la ciudad.

Por allí pasaba el tendido del ferrocarril, suspendido provisionalmente.

Había unas cuantas tiendas con obreros que acumulaban material para reanudar las obras, y en esas tiendas brillaban las lucecitas.

Finger se dirigió hacia allí.

Que le matasen si en un sitio como aquél no encontraba todo el licor que quisiera.

Pero a unas veinte yardas se detuvo.

Se oía un cierto traqueteo en las vías, como si una locomotora se aproximase.

Los obreros que estaban en las instalaciones provisionales también se habían puesto en pie, y escuchaban.

Pronto se distinguió una luz que se acercaba con cierta rapidez. Era el farol delantero de la locomotora. Ésta se detuvo, chirriando, unas veinte yardas antes de que las vías terminasen.

Detrás de la máquina no venía más que un vagón. Pero, eso sí, era un vagón de lujo.

Zorro esperó en la oscuridad, con los brazos en jarra, a ver qué sucedía.

Los obreros se habían aproximado también. Claro que entre ellos había sujetos que jamás habían manejado un pico o una pala. Se trataba de individuos que estaban allí para proteger las obras, pero también para imponer su ley.

Una de las puertas del vagón se abrió.

De él descendió una mujer.

Pero…, ¡infiernos, qué mujer!

A eso sí que se le llamaba una «señora».

Iba vestida de blanco, lo cual hacía que destacaran más sus medias negras, que lucía generosamente hasta más arriba de las rodillas. Eso era bastante, en una época en que la longitud de las faldas de las mujeres era como la de las faldas de las monjas. Ésta se había recogido la suya para no mancharse al bajar, y el resultado fue que todos los que la miraban se quedasen boquiabiertos.

Al fin, ella dejó caer la falda hasta su verdadero nivel, que eran los tobillos.

Y se produjo un espontáneo «oooh» de desencanto.

Dos de los pistoleros avanzaron hacia la recién venida.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha venido hasta aquí?

—Ya lo veis: empleando una locomotora y un vagón de lujo, con

todas las comodidades.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Supongo que eso es fácil de imaginar.

—Una locomotora y un vagón de lujo para llegar hasta la terminal no se lo dan a cualquiera.

—Es que yo no soy «cualquiera». Soy Lorena Wanton, la propietaria de este ferrocarril.

Los dos pistoleros que hablaban con ella quedaron un momento sacudidos por la sorpresa.

Cambiaron una mirada de inteligencia, y al fin uno de ellos musitó:

—Pensábamos… que estaba muerta.

—Tenía que estarlo. Al menos, alguien tiró contra mi espalda para enviarme al otro mundo. Lo hizo a traición y a pocos pasos. No podía fallar.

—¿Y… falló?

—Sólo por esto.

Y la mujer mostró en la palma de su mano abierta un gran medallón de oro, que al menos pesaba cien gramos. Estaba completamente abollado, y las inscripciones que un día hubo en él resultaban irreconocibles.

—Sólo por esto —repitió la mujer—. Es la medalla que diseñé para conmemorar el primer año de las obras del ferrocarril. Tiene bastante valor, e iba a repartirla entre los obreros más distinguidos. El primer ejemplar, que había de servir como modelo, lo llevaba yo, pero como pesaba bastante, me lo eché a la espalda, haciendo girar la cadena del que pendía. Las tres balas que hubieran debido matarme, se estrellaron allí, aunque la última me hirió gravemente.

Uno de los pistoleros la miró, incrédulo.

—¿Iba a regalar a sus mejores empleados… una medalla?

—Sí. De oro, y con un peso de doscientos gramos. ¿Creéis que iban a lucirla? No, no soy tan idiota. He trabajado con hombres toda mi vida. Sabía que la venderían y se beberían el importe en una semana. Pero ¡qué semana! Por eso era un buen regalo.

—De modo que… la medalla la salvó.

—Así fue. Aunque he estado un mes en manos de los médicos, no ha sido nada, en comparación con lo que aquel tipo pretendía.

—Y… ¿quién era aquel tipo?

—Johnson.

—¿Cómo le dio la espalda?

—Habíamos concertado una cita en mi oficina provisional, de noche, para tratar de llegar a un acuerdo. Yo estaba llena de buena voluntad. Pensaba que hablando nos entenderíamos, pero él opinó de otro modo.

Después de estas palabras, la hermosa mujer contempló los rostros que la rodeaban.

Y fue entonces cuando tuvo la sensación de que se había equivocado.

Aquellos hombres la miraban con recelo, con desconfianza. No eran sus empleados o sus amigos, sino todo lo contrario.

—He podido llegar hasta aquí sin dificultad —dijo—, pero la situación es muy confusa. ¿De parte de quién estáis vosotros?

—Nosotros trabajamos para Karter.

—Él nos paga.

Lorena Wanton arqueó levemente una ceja. La noticia debió afectarla profundamente, pero no lo demostró.

—Bueno —dijo—. Karter es un pistolero… Y la verdad es que trabaja para Johnson.

—Es de suponer. Los dos fueron siempre buenos amigos.

—Pero tal vez podríamos llegar a un acuerdo —añadió ella, mordiéndose el labio inferior.

—Haga una oferta.

—¿Cuánto os paga Karter?

—Quinientos al mes.

Zorro, en la oscuridad, esbozó una sonrisa.

De modo que quinientos al mes… No había quien pagase tanto a un pistolero en aquella zona. Debían ser doscientos cincuenta lo que cobraban de verdad, pero los muy buitres habían doblado la cifra para que fuese mejor la contraoferta.

La mujer no vaciló.

—Os ofrezco seiscientos —dijo.

Los dos se acariciaron las mandíbulas a la vez, pensativamente.

—Bueno, habrá que pensarlo…

—Podéis hacerlo durante esta noche. Mañana por la mañana me daréis una respuesta.

—De acuerdo. ¿Qué va a hacer, mientras tanto?

—Dormiré ahí.

Y señaló el vagón del que acababa de bajar, el cual, por su aspecto externo, debía tener dentro todas las comodidades exigibles por una millonaria como aquélla.

Sonrió, y ascendió de nuevo las escaleras, esta vez subiendo aún más su falda.

Los pistoleros estaban boquiabiertos.

Acababan de ver cosas que nunca soñaron ver, y menos, a una auténtica señora.

Cuando la puerta del vagón se hubo cerrado, ellos se alejaron lentamente.

Finger pudo oír perfectamente su conversación:

—¿A ti qué te parece?

—Ella ha venido a salvar lo que pueda.

—¿Qué sabes tú de ese asunto?

—Lo mismo que sabes tú. Ella es una mujer de negocios, una mujer valiente, que tiene lo que a muchos hombres les falta. El lugar de vivir tranquilamente con el dinero que le dejó su padre, decidió crear un ferrocarril. El negocio podía ser bueno, porque acabaría con la ruta de las caravanas. Lo emplearían todos los emigrantes y todas las mercancías que se trasladaran desde Denver hasta el Pacífico. El asunto era tan bueno, que alguien más lo olió.

Finger se acercó lentamente al grupo, en silencio.

Aquella conversación le interesaba.

No entendía nada de negocios, y mucho menos de negocios de ferrocarriles. Pero sabía que aquél era el motor que movía el progreso del Oeste, y todo lo del Oeste le gustaba.

No concebía vivir en otra tierra que no fuera aquélla, porque el Oeste era la tierra de la libertad.

Un hombre con su caballo y su revólver podía creerse el amo del mundo, aunque al fin sólo terminara siendo dueño de una tumba.

Los pistoleros seguían hablando:

—Dices que alguien más lo olió. ¿Quién?

—No seas burro. Karter… El que nos paga.

Karter es sólo un hombre de acción, un pistolero. Él no entiende de negocios.

—Bueno, pues Johnson. Claro… Johnson es el que ha contratado a Karter, y Karter nos ha contratado a nosotros. Pero ¿tú sabes qué

tácticas sigue? A nosotros sólo nos han dicho que guardemos esto.

—Johnson debía suponer que esa mujer, Lorena Wanton, estaba muerta, y que no se volvería a oír hablar de ella. ¿Sabes cuál había sido hasta ahora el negocio de Johnson? Liquidar a los obreros que trabajaban en los ferrocarriles, sabotear las obras y, si era necesario, destruir instalaciones enteras. Llegaba un momento en que los propietarios no podían resistir más, y entonces le ofrecían una participación en la empresa o bien una fuerte suma en metálico. De ese modo, Johnson, que empezó siendo un pistolero como nosotros, se ha hecho fabulosamente rico.

—Pero no se metería con las grandes compañías, ¿eh? Por ejemplo, yo no lo imagino tratando de hundir la Union Pacific…

—No, claro que no. Las grandes compañías de ferrocarriles tienen a su vez centenares de pistoleros a sueldo. Pero las pequeñas, no. ¿Cuántos matones podía haber contratado la Compañía Wanton? Como máximo, diez o doce, repartidos en toda la línea. En cambio, Johnson siempre ha tenido más de treinta, y con la ventaja de que podía asestar el golpe donde mejor le pareciera, disponiendo de la sorpresa.

Los dos pistoleros, mientras hablaban, se estaban repartiendo una botella de *whisky*, de la que bebían enormes tragos.

Aquello les iba animando.

—Total, que la Wanton, por lo que se ve, tuvo que ceder. Pero quizá Johnson pensó que esta vez no necesitaba negociar, y que podía quedarse con todo, matando a la chica. Y eso fue lo que intentó hacer, ¿eh? Aunque hubiera sido una lástima.

Los dos hombres rieron procazmente.

—Sí… Es demasiado bonita para eso.

—¿Te has fijado en sus piernas?

—¡Que si me he fijado! Pero ¿tú qué crees? ¿Que soy ciego o que soy tonto?

Y sus carcajadas volvieron a oírse, largas y chirriantes, en la oscuridad.

—Pero, en resumen —preguntó uno de los hombres, al cabo de unos instantes—, ¿cuál es nuestra misión?

—De momento, proteger todo esto, mientras se almacena el material. El propio Johnson quiere continuar el tendido del ferrocarril, apoderándose de todo lo que ya está hecho. Supongo

que habrá robado algún documento, lo habrá falsificado o… ¡quién sabe! De todos modos, eso no tiene demasiada importancia. Aquí lo que importa es la fuerza. Si Johnson llega al terminal, diciendo que el ferrocarril es suyo, dudo que nadie pueda discutírselo.

—Excepto… esa mujer.

—Cierto. Ella está viva, mientras que Johnson creía que estaba muerta.

—Y, al parecer, domina aún parte de la compañía. La prueba es que ha llegado aquí en un vagón de lujo.

Se produjo un brusco silencio.

Finger, en la oscuridad, adivinaba los pensamientos de los dos hombres.

La cosa estaba muy clara.

Harían un gran favor a Johnson matando a la mujer, ahora que ella estaba indefensa.

Y Johnson se lo sabría agradecer bien.

Por eso no se sorprendió en absoluto cuando oyó decir:

—Ahora es la ocasión, muchacho.

—Lo que Johnson no hizo, podemos hacerlo nosotros.

—Y nos valdrá una montaña de dólares.

—Además…

Y los dos hombres rieron.

Se adivinaba muy bien lo que significaba aquel «además».

La chica era preciosa.

No había necesidad de matarla antes, sino «después».

—Llama a Howard.

—¿Seremos bastantes tres?

—¿A ti qué te parece?

Y volvieron a sonar las risitas.

Momentos más tarde, tres hombres avanzaban en silencio hasta el vagón.

Bueno, cuatro.

Porque Zorro Finger también había decidido ponerse en movimiento…

CAPÍTULO VIII

No fue en línea recta al vagón.

Al contrario, lo que hizo fue moverse rápidamente en dirección opuesta.

Se dirigió de nuevo a la población, que estaba a muy poca distancia.

Entró en el hotel donde se hospedaba Pouce.

Éste dormía ya, abrazado a una botella.

Y no se sabía muy bien qué era lo que hacía más bulto: si la botella o él.

Zorro le zarandeó.

—Eh, Pouce.

El enano dijo, entre sueños:

—A mí me gustan las chicas altas y llenitas.

—Pero ¿Qué dices?

—Que a mí me gustan las chicas altas y llenitas. ¿Has encontrado alguna que me convenga?

—Oye, Pouce, despierta de una vez. Necesito el «jarabe».

El pequeñajo despertó, de pronto.

—¿El «jarabe»? Pero ¿qué pasa? ¿Estás metido en un lío?

—Puede ser un lío de los gordos.

—Está bien. Toma, muchacho.

Y le largó una botellita chata, metálica y escrupulosamente bien cerrada.

La trataba con mucho cuidado.

—Finger —musitó—, no sabes tú lo que me molesta tener que llevar eso encima.

—Pero nos ha sacado de más de un apuro.

—Claro que sí, aun… ¡diablos! Me da miedo pensar que puedo

tropezar y… Bueno, dejémoslo. ¿Necesitas ayuda?

—Por el momento, no. Lo único que necesito es ir aprisa.

Y salió.

Muy poco después, estaba de nuevo en el pequeño campamento, ante el vagón del ferrocarril.

Unas cuantas cosas habían ocurrido mientras tanto.

Cosas importantes, por lo que se veía.

Un par de hombres yacían, cosidos a balazos, en la parte posterior del vagón, con los cuerpos medio doblados sobre la vía.

Sin duda, Lorena Wanton no estaba indefensa del todo. Claro… Hubiera necesitado estar loca para ir sin defensa allí, y Lorena no lo estaba. Pero los dos pistoleros que la protegían habían significado muy poca cosa para la media docena de pistoleros de Johnson que había en el campamento, y que además debían haber obrado a traición.

Zorro miró a los muertos con expresión reflexiva.

La verdad, los muertos nunca le habían impresionado.

Pero aquéllos significaban algo. Significaban más o menos, que cosas terribles podían estar ocurriendo en el interior del vagón.

Esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Subió tranquilamente, llevando la botellita en la mano derecha.

Lo que vio le hizo estremecer.

Pero sus facciones no se alteraron lo más mínimo, como si aquello no tuviera importancia.

Lorena Wanton, al parecer, había sido sorprendida cuando se metía en cama.

No llevaba apenas nada encima.

Era…, bueno, era un bocado demasiado apetitoso para aquella pandilla de cobardes.

Porque se trataba de una auténtica pandilla.

A los tres primeros granujas se habían unido tres más. Todos colaboraban con entusiasmo en la tarea de atar de pies y manos a la muchacha a los barrotes de su cama, valiéndose de pedazos de seda, arrancadas de su propia camisa.

Ella no gritaba.

Se comportaba como una auténtica señora. Le daba vergüenza, incluso en aquellas patéticas circunstancias. Finger la admiró, a pesar de que no había venido para eso.

Los pistoleros se volvieron hacia él. Sus rostros estaban ansiosos, expectantes.

—¿Quién eres?

—¿De dónde demonios has salido tú?

Finger esbozó una sonrisa.

—Karter me contrató.

—¿Cuándo?

—¿Estás diciendo la verdad?

—Sí… Me contrató hace tres días, y me dijo que me presentara aquí. Por eso he venido… Pero ¿de qué estamos hablando, muchachos? Hay cosas más importantes. Por ejemplo, veo que celebráis una fiesta.

—Nadie te ha invitado.

—Ya somos bastantes.

—Por supuesto. Incluso sois demasiados.

—¿Y qué? ¿Crees que la chica va a quejarse?

—No tendrá tiempo de lamentarlo.

Y los granujas siguieron con la tarea de atar a Lorena Wanton.

Zorro echó una ojeada al interior del vagón.

Éste era de gran lujo, pues se componía, al parecer, de dormitorio, sala de aseo y un gran salón, donde había incluso una barra de bar, con abundancia de botellas.

Los pistoleros ya habían roto algunas, que yacían por el suelo, con el licor a medio consumir.

Finger tomó un vaso.

—Muchachos —dijo—, os invito a aguardiente.

Los pistoleros se volvieron hacia él y le miraron con abierta hostilidad.

Era evidente que la presencia de aquel desconocido allí, en lo mejor de la «fiesta», ya les estaba fastidiando.

Finger vació parte del contenido de la botella metálica en el vaso, hasta llenarlo. El líquido era blanco e inodoro.

—Aguardiente del mejor —dijo Zorro, poniendo la mano sobre el vaso, de forma que lo tapaba completamente—. Es algo especial, amigos. ¿Nadie quiere probarlo?

Uno de los pistoleros masculló:

—¡Vete al diablo!

—¡Lárgate de aquí o te convertimos la piel en un colador!

—¡Fuera!
Finger susurró:
—No tan deprisa, amigos.
—¿Qué pasa? ¿No vas a irte?
—Puede que no lo haga.
—¿Y vas a enfrentarte a seis hombres?
Finger carraspeó.
Claro que no podía enfrentarse a seis hombres, y menos, a seis pistoleros profesionales como aquéllos. Demasiado lo sabía él. Pero por algo le llamaban Zorro Finger.
Alzó un poco el vaso como si brindara.
De los seis pistoleros, cuatro ya avanzaban hacia él, para acribillarle a quemarropa.
Habían sacado incluso sus revólveres. No le dejaban la menor oportunidad de defenderse.
Finger susurró:
—Pero esto es un asesinato, amigos…
—Llámalo como quieras. ¡Al diablo!
Finger sonrió.
—Muy bien, en este caso, Brindo por mi muerte. A mi salud…
Y arrojó el vaso a los pies de los cuatro hombres que estaba ante él, haciendo un brusco movimiento con la muñeca, como el que arrojaba una colilla.
Al mismo tiempo se movió con la agilidad de un saltarín profesional. Su cuerpo se arqueó. En cuestión de segundos saltó al otro lado de la barra, para que al menos la gruesa madera le protegiese.
Los cuatro pistoleros lanzaron, al unísono, un grito de asombro.
Le vieron cómo saltaba, mientras una auténtica nube de humo les envolvía.
No tuvieron tiempo de disparar.
La explosión les volvió sordos.
Saltaron por todas partes, como peleles ensangrentados, mientras los cristales de las ventanas del vagón se partían en mil pedazos.
La alfombrilla del suelo empezó a arder. La explosión había sido terrible, ensordecedora.
Alguien gritó:

—¡Nitro!

Fue su última palabra.

De los cuatro hombres que habían avanzado contra Finger, tres estaban muertos.

El cuarto se debatía en los espasmos de la agonía, pero aún con fuerzas para tratar de disparar.

Finger le evitó preocupaciones y fatigas.

Una bala al cráneo hizo saltar al pistolero como si, de repente, se hubieran centuplicado sus fuerzas.

Pero aquello duró un soplo.

Inmediatamente cayó al suelo, deshinchado como un pelele.

Los otros dos, que estaban aún junto a Lorena Wanton, y que hasta aquel momento se habían preocupado exclusivamente de ésta, sacaron sus armas para hacer frente a aquel extraño y peligroso enemigo. Pero ahora eran dos contra uno, y cara a cara. Para Zorro Finger eso era un simple juego de niños.

«Sacó», mientras encorvaba el cuerpo.

Dos balas partieron instantáneamente de su «Colt». Los dos hombres saltaron hacia atrás, con las cabezas atravesadas.

Finger guardó el arma, después de soplar tranquilamente en el cañón del revólver.

Se acercó a la muchacha.

—¿Algún daño, muñeca?

—Por favor, suélteme.

—¿Por qué? Estás muy bien así.

—No será usted tan canalla… como los otros.

—No, muñeca. Todavía no he llegado a eso. Te soltaré.

Liberó a la millonaria de sus ligaduras, y la ayudó a sentarse en el lecho. Ella no sabía cómo cubrirse, pues sus ropas estaban deshechas. De todos modos, lo más urgente para ella era frotarse las muñecas y los tobillos, que debían dolerle como si se los hubieran cortado.

—¿Quieres un trago de licor? —preguntó Zorro.

—¿Del… del que les has dado a ésos?

—No, de los que tienes tú. El truco de la nitro suele ser bueno, pero lo fastidioso es que enseguida te lo conocen, y no puedes emplearlo más de una vez en cada territorio. Tendré que ir pensando otras cosas, si quiero seguir vivo.

—¿Tú siempre empleas trucos?

—Bueno, casi siempre. Cuando me enfrento a dos o tres pistoleros, no hay necesidad. Pero cuando me encuentro ante cuatro o cinco, la cosa cambia. Hay que hacer trabajar el cerebro con más rapidez que las manos.

—¿Cómo te llaman?

—Zorro Finger.

—Ahora comprendo lo del apodo.

—Me lo pusieron cuando tenía veinte o veintiún años. Ahora tengo veintiséis. He corrido un largo camino desde entonces, pero la verdad es que no tengo dinero.

—¿Por qué? ¿No te empleas como pistolero a sueldo?

—Me he empleado en muchas cosas.

—Y supongo que te pagarían bien.

—Pché… Más o menos puedo decir que en ese sentido no he tenido demasiadas quejas.

—¿Y no has ahorrado nada?

—Ni un dólar.

—¿Por qué?

Finger se encogió de hombros.

—Verás… Me gusta la libertad.

—¿Y las chicas?

—Eso por descontado.

—Las chicas siempre resultan caras —musitó ella.

—Oh, eso por descontado… Que si invitación por aquí, que si regalito por allá…

—Yo podría hacerte una proposición.

—Vaya… Ya salió la mujer de negocios.

—Siempre lo he sido. Yo llevo el dinero metido en la cabeza, ¿sabes? Lo contrario de ti. Y creo que podría interesarte oír esto: seiscientos «machacantes» mensuales si trabajas para mí.

—¿Seiscientos? ¿Lo mismo que les daban a ésos?

—Exacto. ¿Aceptas o no?

—No.

—¿Por qué?

Finger sonrió.

—Porque me gusta la libertad, muñeca, y porque me encantan las chicas. Las chicas como tú, quiero decir. Me sería muy difícil

respetarte como jefe, y al mismo tiempo desearte como señora estupenda.

Y señaló la alfombrilla del vagón, que ya despedía un humo casi intolerable.

—Más vale que te vistas y salgamos de aquí —dijo—. Esto se va a incendiar dentro de poco, empezando por las paredes, y no veo manera de que podamos apagarlo.

Ella asintió.

Recogió sus ropas del mejor modo que pudo, saliendo del vagón a medio vestir.

Un par de docenas de hombres se habían reunido en el exterior, mirando lo que pasaba, pero sin atreverse a intervenir.

No eran pistoleros, sino obreros del ferrocarril.

Lanzaron un «¡ooh!» de asombro y admiración, al ver bajar a la chica de aquella manera.

Finger bisbiseó:

—Te lo has ganado, muñeca.

—Los pistoleros de Karter han muerto —dijo ella en voz alta, tras sonreír ante le observación de Finger—. Yo soy Lorena Wanton, la propietaria del ferrocarril. ¿Cuántos de vosotros estáis dispuestos a obedecerme?

—Mientras nos paguen puntualmente los jornales, nosotros estamos dispuestos a obedecer a quien sea —dijo un capataz.

—Cierto.

—Lo que queremos es tener trabajo.

—Y cobrarlo…

Las promesas de colaboración llovieron sobre la muchacha, que poco a poco se iba vistiendo, aumentando con ello el desencanto de aquellos individuos.

Cuando hubo terminado, ordenó:

—Por favor, dos de vosotros entrad en el vagón, ahora que aún no se ha quemado del todo. Metéis mis ropas en un baúl muy grande que veréis junto a la cama, y lo lleváis al hotel de Seymour. Porque supongo que en Seymour habrá, al menos, un hotel.

—Hay uno —masculló Finger—, pero creo que sólo admiten a las viejas.

E hizo una seña a dos de los obreros para que cumpliesen aquella orden.

Muy poco después, había dejado a aquella muchacha en el hotel de la ciudad, mientras los obreros del ferrocarril se ocupaban de enterrar a los muertos. Una vez se hubo separado de Lorena Wanton, se dirigió a la habitación de Pouce.

Éste volvía a dormir, pero ahora abrazado a una botella distinta.

Finger la zarandeó.

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

Y señaló la botella.

—Nada, hombre —susurró Pouce, frotándose los ojos—. Que me gusta variar de compañía cuando estoy en la cama.

—¡Qué bestia eres, muchacho!

—Más bestia eres tú, que ni de eso te preocupas. ¿Qué? ¿Dio resultado lo de la botellita?

—Sí.

—¿Cuántos esta vez?

—Seis.

—No se puede pedir más, para un vaso de nitro.

—Pero estuve a punto de fallar. Mientras fingía tapar el vaso con la mano, me costó mucho trabajo encajar la tapa metálica, para que el líquido no se derramara al lanzarlo.

—Hum… De todos modos, el truco resultó. Lo malo es que ahora no podrás emplearlo en ninguna parte.

—Utilizaremos otra vez el del baúl. Prepárate.

—¿Por qué? ¿Es que va a haber jaleo?

—Me temo que sí, mi amigo.

Y esperó a que el otro se vistiera, encajando sobre todo el enorme revólver en la funda que le llegaba hasta los pies.

Una vez el enano estuvo dentro, cargó el cajón sobre sus espaldas, y fue al saloon donde no servían más que leche y gotitas de licor medicinal.

No habían cerrado aún, pese a lo avanzado de la hora.

Sin duda, les había detenido el oír la explosión en las instalaciones del ferrocarril. O quizá había otra causa, que Finger ignoraba, por el momento.

Pronto comprendió cuál era la causa de que el local no hubiera sido cerrado aún.

Cuatro hombres lo impedían. Cuatro hombres, que copaban materialmente la barra, con los revólveres a punto.

CAPÍTULO IX

Finger entró, cansado y sudoroso, y depositó el baúl sobre una de las mesas.

Los cuatro hombres le miraban con curiosidad.

Diríase que era a él a quien habían estado esperando.

Eran pistoleros profesionales, no cabía duda.

Ello se notaba, no sólo por sus cataduras, sino también por el modo de llevar las fundas, muy bajas y sujetas a los muslos por finas correíllas. De los cuatro, dos lucían, además, una pareja de revólveres.

Finger se frotó las manos después de dejar el baúl, mientras hacía:

—¡Uf!

Los cuatro pistoleros acercaron las manos a sus armas.

—Me parece que no nos equivocamos —dijo uno de ellos.

—Yo creo que no.

—Ese tipo tiene que ser Zorro Finger.

—El que ha matado al jefe.

—Y al que ahora vamos a ajustar las cuentas.

Finger sonrió, tan tranquilo como si estuviera escuchando música.

—Calma, muchachos, calma… Parece que me conocéis…

—Nos han dado una descripción muy buena.

—¿Y quién era vuestro jefe?

—Donovan.

—Diablos, no esperaba que vinierais tan pronto…

—Donovan nos dijo que nos presentáramos en la ciudad, si no volvía a una determinada hora.

—Y ahora nos enteramos de que está muerto —susurró otro.

—Y nos han dicho quién lo hizo. ¿Quieres más explicaciones, muchacho?

Finger alzó un poco las manos, como queriendo imponer calma.

Sabía de sobra que aquello marchaba mal. Que la situación era terriblemente peligrosa.

Pero su expresión siguió tan tranquila como siempre, igual que si aquello no tuviera importancia.

—No es justo que os enfrentéis cuatro contra uno —susurró.

—¿Tienes algo que objetar?

—Bastantes cosas.

—Pues lo que sea, dilo con el revólver.

—De acuerdo… Ya que vosotros lo habéis querido, que sean los revólveres quienes hablen.

Y apoyó un poco mejor sus espaldas en la alta mesa sobre la cual había dejado el baúl.

Uno de los pistoleros murmuró:

—Un momento.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada… En realidad, no pasa nada —dijo burlonamente el hombre que acababa de hablar—. Sólo que viajando por el mundo se aprenden bastantes cosas. Por ejemplo, oí contar algo que había sucedido en una diligencia.

Finger tragó saliva.

—¿Qué fue?

—Pues…, me hablaron de un tipo que llevaba un baúl. ¡Qué casualidad! Un baúl como ese que tú has puesto ahí encima. Y dentro parece que iba un tipo pequeñajo, un tipo tan pequeñajo que podía moverse ahí cómodamente. Pero que llevaba un revólver tan largo como sus piernas.

—¿Y… y qué?

—Oh, la historia era muy divertida… Parece que, de pronto, se alzaba la tapa y ese fulano saltaba disparando, como si lo hubiera impulsado una catapulta. Movía el revólver y… Bueno, tenía una excelente puntería para ser tan pequeño.

—¿Queréis decir que estáis seguros de que llevo un ayudante dentro de ese baúl?

—Por descontado que sí.

—Quizá os contaron una historia falsa.

—Nos gustaría comprobarlo. ¡Alza la tapa!

La voz era imperiosa, cortante.

Finger adivinó que los pistoleros iban a disparar.

Y él, que era diabólicamente rápido, podía eliminar a dos, a tres, pero nunca lograría eliminar a cuatro.

De todos modos, no le quedaba más remedio que obedecer.

Alzó la tapa.

Los revólveres de los cuatro hombres apuntaban hacia allí, esperando ver aparecer al enano de un momento a otro.

Pero, de pronto, lanzaron al unísono un grito de asombro.

Porque el baúl… ¡estaba vacío!

¡No había ni rastro del enano que esperaban encontrar!

—¡Pronto! ¡Acribilladle!

La confianza de los cuatro granujas había renacido. Ahora no tenían más que dejar cosido a balazos a un hombre a quien estaban apuntando ya.

Nada tan sencillo.

Nada tan sencillo… si no hubieran partido aquellos balazos de debajo de la mesa.

Demasiado tarde se dieron cuenta de lo que acababa de ocurrir. La pared posterior del baúl se abría, permitiendo que por ella saliera su pequeño ocupante. Además, Finger lo había estado tapando parcialmente con su cuerpo, de modo que la maniobra no resultara tan difícil. Y el enano se había ocultado bajo la mesa, pegándose materialmente a las piernas de su amigo.

Desde allí hizo fuego implacablemente.

Dos de los pistoleros cayeron, alcanzados de muerte. Los otros dos saltaron hacia atrás, mientras intentaban hacer fuego contra Zorro Finger, contando con la ventaja que les proporcionaba el tener ya las armas en las manos.

Pero Finger disparó a través de las fundas.

Su rapidez y su habilidad fueron sencillamente diabólicas. Los dos hombres fueron atravesados, mientras giraban sobre sí mismos y lanzaban gritos de dolor.

Un momento después se habían desplomado, inertes, a tierra.

Finger guardó el revólver lentamente.

Y miró en torno suyo.

Sus cuatro enemigos estaban muertos. No volverían a dar

preocupaciones a nadie.

El camarero, que era el único que ahora estaba en la barra, tartamudeaba:

—Casi ha… ha acaba… do… con… la banda… de… de Donovan.

—Cierto, pero no ha sido por mi voluntad. Yo no quería meterme en este mejunje.

Se volvió, y miró a Pouce, que sudaba copiosamente.

—Bueno, muchacho, has obrado como yo esperaba.

—Cierto… por esta vez, el truquito ha salido bien.

—Lo malo es que ya no podremos volver a emplearlo en cien millas a la redonda.

—Claro… Ahora lo conocerá todo el mundo.

Finger volvió a cargar sobre sus espaldas el baúl vacío, y salió de allí, seguido por Pouce.

El camarero miró a los cuatro muertos, y sintió que le rodaba la cabeza.

Sacó de debajo del mostrador un gran jarro, donde ponía en letras rojas: «Leche».

Se atizó un trago.

Y otro.

Y otro.

El saloon olía tanto a *whisky*, que si alguien llega a encender una cerilla, todo aquello estalla.

Por fin, el camarero, cuando hubo vaciado la jarra, cayó dormido al suelo.

Pero antes, aún tuvo la suficiente serenidad para guardar la jarra, no fuera que alguien descubriese su secreto.

Capítulo X

Cuando, a la mañana siguiente, Zorro Finger se levantó y bajó al comedor de la casa del *sheriff*, vio que ya le estaba esperando un suculento desayuno puesto en la mesa.

Ethel, además de hermosa, era una cocinera de campeonato. Y Finger hubiera hecho honor a todos aquellos manjares, de no ser porque el *sheriff* Holden tenía una cara tan seria que parecía como si viniese de su propio funeral.

Finger murmuró:

—¿Qué te pasa?

—Me he enterado de lo de anoche.

—¿Y te sabe mal? Te prometo que aquellos tipos eran auténtica carne de horca.

—No, no es eso. Ya sé de sobra que aquí no hay más remedio, muchas veces, que matar o morir. Lo que ocurre es que, por primera vez desde que vivo en Seymour, me he portado como un incapaz. No he sabido imponer la ley en la ciudad, cuando la invadían las bandas de pistoleros. Me he convertido en un inútil, Finger. En un trasto que no sirve para nada.

—Estás herido, Holden. Anoche por poco te matan.

—Eso no es excusa. Otras veces, estando herido, he sabido cumplir con mi deber.

—De acuerdo, pero ese deber cada vez es más duro. Tú mismo te diste cuenta de que no podrías cumplirlo solo, y por eso me pediste que viniera.

Holden cabeceó negativamente.

Y Finger se dio entonces cuenta de algo desacostumbrado. Musitó:

—¿Por qué no llevas la estrella?

Holden abrió la mano derecha, y la dejó caer sobre la mesa.

—Es tuya, muchacho.

—¿Qué dices?

—Tú has demostrado valer para este cargo. Yo, no.

—Holden, te has vuelto, loco.

—Una vez te quité a la mujer que amabas, Finger. Cierto que creí que no había nada entre vosotros, ya que, de lo contrario, no me hubiese atrevido a hacerlo. Desde entonces vivo aquí como un maldito prisionero, que es víctima de su propio odio. No sé más que matar y matar… y al final ya ni para eso sirvo, quédate la estrella, Finger. Yo me marcharé de aquí.

Zorro sonrió animosamente, tras beber un sorbo de café.

—Yo te diré lo que vas a hacer. En primer lugar, continuarás como *sheriff*, pero no igual que hasta ahora. Tienes que ser un individuo más alegre, menos preocupado por tu fama de tipo intachable… y también menos rígido. Cierto que muchas veces no queda más remedio que matar, sobre todo cuando a uno le ponen el revólver en la boca del estómago Pero, por otra parte, no todo se arregla con la horca. Piensa, además, que las ciudades de esta zona van a cambiar. El ferrocarril, después de todo, es el progreso.

Bebió otro sorbo y añadió:

—La segunda cosa que vas a hacer es quitarte ese estúpido complejo de pecado que llevas encima. No tienes necesidad de ocultar más a Ethel. Eres viudo. ¿Qué delito cometes al tratar de casarte otra vez?

—No lo haría nunca. Yo amé a mi esposa.

—Y eso te honra, Holden. Sé que su muerte te destrozó. Pero al tener aquí a Ethel, la honras a ella. Tienes aquí a Ethel porque es casi igual que la muerta. Tan igual que… a veces parece la misma.

Holden preguntó, sobresaltado:

—¿Qué insinúas?

—Nada, excepto que debes cambiar de actitud. Cásate con Ethel, y resuelve tu vida de una vez. Pero quiérela por ella misma, no simplemente porque se parezca a Eleonora. Tengo la sensación de que la chica merece que la amen de verdad.

Holden entrecerró los ojos.

Todo aquel rato, habían estado solos, y, aprovechando esa circunstancia, susurró:

—Una pregunta, Finger, ¿a ti te gusta Ethel? Porque si a ti te gustara, yo no sería capaz de quitártela otra vez.

Zorro sonrió, deslizando la estrella por encima de la mesa, hasta ponerla al alcance de su amigo.

—Olvídalo. Yo amé a Eleonora de verdad, pero sólo la amé a ella. Y ahora me gusta tanto la libertad, que no la cambiaría por ninguna mujer del mundo.

Se levantó de la mesa.

—Bueno, Holden, no olvides lo que te he dicho.

—¿Adónde vas?

—Tengo una montaña de cosas que resolver por ahí.

Llegó hasta la puerta y, ya con la mano en el pomo, se volvió para decir:

—Oye, ese saloon que tenéis en el pueblo es una sucursal de la funeraria. Más vale que dejes vender un poco de *whisky*, aunque sin consentir las borracheras. Y deja que actúe alguna bailarina de las que llegarán sin duda para distraer a los obreros del ferrocarril. Un poco de alegría nunca le ha costado la vida a nadie.

No esperó la respuesta.

Abrió y salió.

Desde el porche observó lo que podía distinguirse de la ciudad. Hacía un magnífico día.

Quizá por eso los obreros del ferrocarril, a lo lejos, estaban trabajando con tanto entusiasmo. Numerosas traviesas iban siendo colocadas, lo cual indicaba que muy pronto serían tendidos los raíles, en su heroico intento para vencer las cumbres de Sierra Nevada y llegar nada menos que hasta las aguas del Pacífico.

La historia del Oeste se escribía de aquel modo.

Finger fue hacia el hotel.

Todo estaba tranquilo, y la ciudad respiraba paz, después de la turbulenta noche.

Pero se dio cuenta de que todo el mundo le miraba con curiosidad, no exenta de admiración, como si fuese un héroe.

Y él sabía que no lo era.

Sólo tenía… ¡ejem…! Algunos trucos empleados a tiempo.

Al llegar al porche del hotel tuvo un tropiezo. Uno de esos tropiezos que a cualquier ciudadano de Seymour le hubiera gustado tener dos veces al día por lo menos.

Lorena llevaba un ceñidísimo vestido rojo.

Sonrió al ver al joven.

—Hola, Finger.

—Buenos días, Lorena. Magnífico tiempo, ¿eh?

—¿Por qué sales hablando del tiempo, si sabes que yo quiero hablar de otra cosa?

—Veo que ya trabajan en el ferrocarril…

—Tampoco quiero hablar del ferrocarril.

—Pues, ¿de qué…?

Ella se puso a su lado, y le tomó del brazo.

—¿No quieres dar un paseo conmigo, Finger?

—La verdad, nunca he paseado con una millonaria.

—Te aseguro que no muerdo…

Zorro miró sus labios intensamente rojos, pensando mil cosas que nada tenían que ver con los mordiscos. Los dos echaron a andar, uno al lado del otro, hasta dejar atrás las últimas casas de la pequeña ciudad.

Desde allí se veía la llanura inmensa y, al fondo, las siluetas de las montañas eternamente nevadas, cuyas cumbres parecían arañar el cielo. El nombre que le habían dado cuadraba muy bien al aspecto de aquella cadena montañosa: Sierra Nevada. Lorena la señaló y dijo, con expresión entre decidida y nostálgica:

—Más allá está la dorada California. Allí hay dinero y buena vida para todos.

—Sí… California siempre me ha gustado. Puede que vaya allí —se limitó a contestar Finger.

—Yo te ofrezco la posibilidad de venir conmigo. El ferrocarril llegará hasta California. Llegará allí cueste lo que cueste.

—¿Quiere eso decir que repites la oferta que me hiciste anoche?

—La mejoro. Voy a darte setecientos cincuenta dólares, a cambio de que te quedes con los obreros del ferrocarril para protegerlos.

—Sigue sin convenirme, muñeca.

—¿Por qué?

—No es culpa tuya. Me moriré siendo un hombre libre, al que nadie pueda mandar.

—¿Es posible que no necesites dinero?

—Sí que lo necesito, como todo el mundo, pero no me

obsesiona. Lo único que quiero conservar es la libertad.

Ella apretó los labios ligeramente.

—Voy a decirte una cosa, Finger Creo que me engañas.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Eres muy ambicioso, más de lo que parece. No quieres ser empleado de nadie porque aspiras a ser el amo.

—Te equivocas, Lorena.

—Me gustaría equivocarme. ¿Así quedamos en que no aceptas?

—Lo siento, pero no quiero comprometerme. Esa sensación de que mañana, si me da la gana, puedo irme al Mississippi, o por el contrario, bajar hasta México, no se paga con todo el oro del mundo.

—Está bien; allá tú.

Y la muchacha se alejó.

Sus movimientos eran ondulantes, aunque se notaba que ella quería andar rígida. Los hombres la miraban con avidez. Finger pensó que la joven iba a tener muchas dificultades con los rudos empleados del ferrocarril. No todos querrían obedecerla.

La miró hasta que su figura se fue alejando, borrándose casi en la neblina matinal.

Lorena Wanton iba hacia el tendido del ferrocarril, donde los hombres seguían trabajando.

Al fin produjo un chasquido con dos de sus dedos, mientras pensaba tranquilamente: «Al diablo… Lo único que a mí me interesa es mi santa libertad actual».

Pero, por lo que parecía, la libertad iba a durar poco.

Porque en aquel momento una voz dijo a su espalda, desde el cercano porche:

—Muévete, muchacho… Camina un poco hacia aquí. Quizá te interese saber que te estoy apuntando.

Zorro no conocía aquella voz.

Pero estaba seguro de que no le hablaban en broma, de manera que volvió ligeramente la cabeza, mirando de soslayo.

Vio en el porche a un hombre muy bien vestido, que llevaba un impecable traje gris. Debajo de su brazo derecho descansaba un pesado rifle, con los dos cañones aserrados.

A aquella distancia era un arma terriblemente mortal. Le desharía el cuerpo en cuanto el otro le disparase.

De modo que Finger sé estuvo quieto, como le ordenaban, sin hacer bromas con las manos.

La voz siguió mandando:

—Ahora saca el revólver con dos dedos.

—Bien.

Zorro lo sacó y lo sostuvo en el aire.

—¿Qué hago con él? ¿Lo tiró?

—Nada de eso.

—No lo entiendo. Es la primera vez que me amenazan sin exigirme que me deshaga del revólver.

—Tengo otros planes.

—¿Por ejemplo?

—Descárgalo.

Zorro hizo un seco movimiento, como si fuera a lanzar el revólver, pero, en realidad, lo sostuvo entre sus dedos, dejando al descubierto el cilindro donde había seis balas.

—Descárgalo. Déjalas caer todas.

Finger volvió el «Colt» al revés, y las balas se deslizaron de las ranuras al suelo.

—¿Y ahora qué?

—Vuélvete. Como si hablaras conmigo. Y despídete de tu cochina piel, si llamas la atención de nadie.

El joven miró en torno suyo.

Por allí mismo no pasaba nadie, pero por las cercanías transitaban algunos individuos, que no se daban cuenta de lo sucedido, pues el que amenazaba a Finger tenía, medio oculto bajo la levita, el rifle de cañones cortos.

Finger clavó sus ojos en él.

—He estado haciendo memoria, y no te conozco, amigo —murmuró—. Seguro que no nos hemos visto nunca.

—No te equivocas. Jamás te había visto. He tenido que guiarme por las descripciones que me han hecho de ti.

—¿Quién eres?

—Me llamo Johnson.

Finger arqueó las cejas, mientras en la boca del estómago sentía como una náusea.

De modo que era el tipo que había intentado asesinar por la espalda a Lorena Wanton…

Trató de dominar su asco y murmuró:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a liquidar una vieja cuenta pendiente.

—¿Matar a Lorena Wanton?

—Eso vendrá después.

—¿Y qué pinto yo en el asunto?

—He observado que tenéis bastante confianza.

—Nos conocemos un poco.

—Tú podrás acercarte a las instalaciones del ferrocarril, sin duda.

—Sí.

—Vas a tener que hacer algo que quizá no te gustará, pero te va la piel en ello.

Finger asintió.

Se apretaba las manos con tal fuerza, que las uñas se le habían clavado en las palmas. Quería mantenerse sereno, pero eso le iba costando más trabajo cada vez.

—¿Qué tendría que hacer? —murmuró.

—¿Ves aquel carro que hay cerca de la línea del ferrocarril?

—Sí. El que está a media colina.

—Lo han frenado bien. ¿Sabes qué contiene?

—Alimentos.

—Contenía alimentos —dijo Johnson con voz chirriante—, pero ahora está lleno de otra cosa. Ahora no hay en él más que explosivos. Sin que nadie se diera cuenta, mis hombres han puesto ahí una cantidad de nitro como para volar el pueblo entero.

Finger elevó la mirada de nuevo, examinando a distancia la posición de aquel carro.

No había que ser muy listo para imaginar el plan. Si aquel carro rodaba pendiente abajo, iría de cabeza al almacén donde estaba todo el material para las instalaciones. Aparte de causar una mortandad, lo dejaría todo de tal modo que retrasaría otros dos meses el tendido de la línea.

—Si tus hombres lo han podido cargar de nitro, podían haberlo enviado también pendiente abajo —musitó.

—Iban a hacerlo, pero uno de los obreros se ha dado cuenta de algo, y han tenido que matarlo. Entonces no se han atrevido a acercarse por allí más.

—¿Y yo he de hacerlo?

—Sí. De ti nadie va a sospechar. Te acercas al carromato, quitas de un par de puntapiés los calzos que lo frenan, y dejas que ruede colina abajo. De lo demás ya se enterará la población un par de minutos más tarde.

Zorro sonrió secamente.

—Si yo voy allí, y tú dejas de amenazarme, ¿qué garantías tienes de que te voy a obedecer?

—Detrás de ti, a poca distancia, de modo que la otra vertiente lo oculte, irá otro carromato con cuatro de mis hombres. Llevarán rifles como éste, ¿sabes? De modo que haz un solo gesto que no les guste, y el pedazo más grande que van a encontrar de ti cabría en un vaso de *whisky*.

Zorro se pasó el dorso de la izquierda por la boca.

Johnson gritó:

—Y ahora… ¡obedece!

El joven enfundó el revólver vacío, que ahora no le servía de nada. Los obreros se hubieran extrañado quizá viéndole desamado, pero, distinguiendo su «Colt» en la funda, no pensarían que alguien le amenazaba.

Echó a andar.

¡Si al menos Pouce hubiera visto aquello! ¡Si pudiese ayudarle de algún modo!

Pero Pouce debía estar durmiendo como un lirón. Seguro que no se había enterado de nada.

Johnson le siguió apuntando un rato, con disimulo, pero apenas había salido del radio de acción de su rifle cuando un carromato cubierto con una lona dobló la inmediata esquina, y se puso a rodar poco a poco tras él, con un suave crujido de ballestas.

Finger miró de reojo, volviendo un poco la cabeza.

Cuatro cañones aserrados asomaban discretamente bajo la lona. Había tenido razón Johnson. Estaba atrapado, y no le quedaba ninguna posibilidad de escapar.

Dejó atrás la población para dirigirse a la pequeña colina que había a un lado de las vías, casi encima del gran barracón de troncos donde muchos hombres dormían y se guardaba el material.

El carromato venía detrás, pero dio un leve rodeo para que no se notase tanto la maniobra.

Finger siguió avanzando, sin que nadie se fijara especialmente en él. Los obreros le conocían, de modo que los dos o tres vigilantes no hicieron el menor gesto de alarma.

Llegó hasta el carromato.

Las ruedas tenían unos sólidos calzos, que las inmovilizaban. Pero había tenido razón Johnson: bastaba darles un puntapié para que todo aquello se fuese al diablo.

El otro carromato se había detenido a poca distancia.

Desde el campamento no lo veían, pero Finger sí que lo distinguía perfectamente.

Y adivinaba la presencia de los cuatro cañones aserrados, que le estaban apuntando a la espalda.

Uno de los obreros que vigilaban el barracón le gritó, desde unas veinte yardas de distancia:

—¡Eh, Finger!

—Hola, amigo.

—¿Qué haces ahí tan quieto?

—Pues…

Y de pronto, Zorro vio a Lorena Wanton.

Ésta iba a entrar en el barracón.

Un minuto después, si todo marchaba como estaba previsto, quedaría pulverizada.

Finger aulló:

—¡Tu revólver! ¡Pronto, tu revólver!…

Y mientras gritaba, con las facciones desencajadas, se lanzaba de costado, con toda rapidez de que fue capaz, hacia el carromato cargado de nitro. Esperaba que las ruedas le sirvieran de precaria protección. Era lo único que en aquellos momentos podía salvarle…, si es que existía algo que pudiera evitar su muerte.

Los cuatro cañones vomitaron plomo a la vez.

La metralla de que también estaban cargados los rifles inundó una amplia zona.

Finger se dio cuenta de que su pierna izquierda sangraba, pero aquello no tenía demasiada importancia. Los gruesos radios de la rueda le habían servido de protección, como esperó. La precipitación de sus enemigos, que no habían esperado tan rápido movimiento, y dispararon alto, hizo el resto.

Pero aquello no era más que el primer «*round*».

Finger se dio cuenta de que quedaría K. O., en el segundo.

Si una sola esquirla de metralla alcanzaba las botellas de nitro que iban dentro del carromato, no encontrarían ni un pedazo de sus uñas para identificarlo.

El obrero al que antes pidió el revólver corría hacia allí, sin miedo a los disparos.

Zorro aulló:

—¡No te acerques más! ¡Suelta el revólver y tírate al suelo!

El consejo llegó demasiado tarde.

Desde el interior del carromato otro de los forajidos había disparado, deshaciéndole el pecho.

Pero el valiente aún pudo lanzar su revólver al aire.

Las facciones de Finger se crisparon.

Todo su cuerpo se puso desesperadamente tenso.

O lo recogía ahora o…

Pasó materialmente por debajo de una nueva descarga cerrada, patinando sobre el suelo pedregoso.

La metralla lo arrasó todo, un par de yardas más allá.

Los dedos de Finger se cerraron sobre la culata del «Colt».

Se oyó un alarido dentro del carromato. Al parecer, sólo uno de los cuatro pistoleros tenía el rifle cargado de nuevo.

—¡Tira de una vez! ¡Y apúntale bien, idiota!

A Zorro le quemaba la culata, en su ansia salvaje de disparar, pero tuvo la suficiente serenidad para esperar que el otro asomase por debajo de la lona. Con sólo seis balas y cuatro enemigos, no podía permitirse el lujo de empezar a hacer salvas inútiles. El del rifle lo vio quieto ante su punto de mira, mientras los demás recargaban las armas febrilmente.

Pensó que el tiro era fácil, y cerró el dedo sobre el gatillo.

No supo si la descarga había llegado a brotar o no. La verdad fue que no se enteró de nada. La bala le penetró entre los ojos, haciéndole caer hacia atrás.

Finger, que había estado pegado al suelo, saltó de costado, para cambiar de posición.

Otros dos individuos asomaban ya sus cañones… y también sus cabezas. Finger los vio perfectamente unos segundos antes de que se ocultaran. Pero no necesitó más.

Dos nuevos disparos hicieron brotar dos alaridos de debajo de la

lona.

El joven cambió de nuevo de posición. Sólo quedaba un enemigo vivo, y debería tener con él doble cuidado que con los otros. Intentó cazarle de flanco.

Pero el otro había saltado por la parte delantera, tratando de llegar hasta el carromato cargado de nitro.

Su intención estaba bien clara.

Iba a hacer lo que Zorro trataba de evitar, aun a costa de su vida.

El pistolero era ágil. Dio dos enormes saltos, plantándose ante el carromato.

Levantaba el pie para enviar al diablo uno de los calzos cuando, de repente, la pierna se le quedó inmovilizada en el aire.

Todo su cuerpo se crispó.

Finger, que le había alcanzado en la cintura, le disparó otra vez, ahora a la cabeza, para ahorrarle sufrimientos.

Luego dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, soltando el revólver.

La tensión dramática de aquellos instantes le había cansado como si acabara de correr diez millas.

Echó una ojeada a los cadáveres, y comprobó que ya no iban a causar más inquietudes a nadie. El del obrero que le había salvado, lanzándole su revólver, estaba completamente destrozado de pecho para arriba. A pesar de toda su experiencia, Finger hubo de cerrar los ojos para no verlo.

Al abrirlos, se dio cuenta de que Lorena Wanton ya subía la colina, y estaba muy cerca de él.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Te has vuelto loco, Finger?

—Lo que me voy a volver es sordo con tantos disparos.

—¿Quiénes son ésos?

—¿Y lo preguntas?

—¡Claro que sí! ¡Tengo derecho a saberlo!

—Eran pistoleros de Johnson.

—¿De… quién?

Lorena había palidecido.

—¿Es que Johnson está aquí? —musitó, al cabo de unos instantes, mientras entrelazaba los dedos.

—Sí. Y me ha hecho llegar aquí, bajo la amenaza de cuatro

cañones, para que quitara los calzos a ese carro y lo dejara rodar hasta el barracón de los materiales.

—Eso no es grave después de todo. ¿Qué pretendía con una tontería semejante?

—No sería grave si el carromato no estuviese cargado de botellas de nitro.

La muchacha palideció aún más, mientras se quedaba con la boca abierta.

—Necesito un trago —dijo, al fin, cuando fue capaz de hablar.

Y caminó hacia el barracón donde estaban los materiales, y donde había también, por lo visto, más de una botella.

Finger la siguió.

La visión de las curvas de Lorena le hacía pensar que la vida, que muchas veces es siniestra, tiene también cosas hermosas. Le hacía olvidar, en gran parte, el mal trago por el que acababa de pasar.

El barracón estaba lleno de materiales, en especial clavos para sujetar los raíles, herramientas y máquinas explanadoras. Todo aquello se hubiera ido al diablo con la explosión, y no era fácil sustituirlo en las cantidades necesarias. Las traviesas, que no podían encontrarse en Nevada, debido a la ausencia de bosques, estaban apiladas cerca y hubieran ardido también después de la explosión.

Ella sirvió dos vasos de *whisky*, y bebió de un trago casi el contenido de uno.

Desde la puerta llamaron:

—Eh, señora…

Lorena volvió la cabeza. Había allí unos cuantos obreros, todos armados. Tenían las facciones toscas, y las manos de hierro de quienes han hecho todo el Oeste trabajando y defendiéndose a tiros.

—¿Qué ha pasado, señora?

Ella les lanzó una botella de *whisky*, que cazaron al vuelo.

—Querían volar todo esto, muchachos. El carromato de los víveres no tiene víveres, sino que está relleno de nitro. Acercaos con cuidado a él, e id sacando las botellas. Pero sólo quiero voluntarios para ese trabajo. Pagaré cuatro veces el jornal de un día.

Los ferroviarios rieron.

Todos ellos, experimentados en volar obstáculos y abrir túneles, conocían la nitro tan bien como el *whisky*.

—Usted vaya pagando, señora. No le faltarán voluntarios para una tontería así.

Cuando hubieron desaparecido, Finger comentó:

—Son valientes esos tipos.

—Sí. Y merecen tener buena suerte. No quiero pensar en los que hubieran muerto, caso de estallar aquí ese carromato.

—Nadie hubiera querido trabajar ya más para ti, Lorena. Todo lo que esos hombres tienen de valientes, lo tienen también de supersticiosos. No les gustan los patronos considerados «gafes», que, en vez de hacer ferrocarriles, hacen cementerios.

Lorena terminó de beber el contenido de su vaso.

—Finger —dijo luego en voz baja—. Me has hecho un enorme, un inmenso favor.

—¿Quién piensa en eso?

—Todo se hubiese ido al infierno. Sin ti no sé qué sería de todo esto.

—Olvídalo.

Ella alzó los ojos, clavándolos en la cara del hombre.

Y brillaba en ellos una chispita de deseo.

—Finger —dijo—, voy a mejorar la oferta.

—No quiero dinero.

—No se trata ahora de dinero, muchacho.

—¿Pues de qué…?

—De una sola cosa: cásate conmigo.

Finger parpadeó.

Hubiera esperado cualquier cosa menos que le hiciese esa oferta una millonaria. Y mucho menos una millonada que estaba… como estaba aquélla, vamos.

—Eso es absurdo, Lorena —balbució, cuando su sorpresa inicial hubo desparecido.

—¿Por qué?

—Tú eres una millonaria, y yo soy…

—Tú eres un hombre valiente.

—La valentía sirve de bien poco, mientras que el dinero…

—Tengo menos de lo que parece. Todo está invertido aquí, en estos barracones, estas pilas de traviesas y las millas y millas de raíl que ya se pierden en el horizonte. Pero en pocos minutos todo puede volar, y tú acabas de comprobarlo; de manera que olvídate

de mi dinero. Podría transformarse en algo tan inexistente como una columna de humo.

—Puede que tengas razón, pero… Yo sigo queriendo mi libertad.

—¿Te gusta tu libertad más que yo, Finger?

—No discuto eso.

En aquel momento sonaron un par de explosiones, que hicieron conmover hasta los cimientos del barracón.

Ella, mujer al fin, se sobresaltó y buscó la protección de los brazos de Finger, mientras lanzaba un gritito de miedo.

El joven la estrechó impulsivamente en ellos.

Y hubiera llevado a cabo también algo más, pero las explosiones seguían haciendo temblar las paredes.

—No te preocupes —murmuró, al fin, comprendiendo lo que sucedía—. Los ferroviarios han sacado las botellas de nitro, y las lanzan a distancia, haciéndolas explotar. De ese modo ya no habrá peligro.

Pero no soltó a la chica.

Y ella no se soltó tampoco.

Finger la vio tan cercana, tan temblorosa, tan… tan todo, que no pudo resistir la tentación. Y la verdad fue que tampoco hizo grandes esfuerzos para resistirla.

Apretó un poco más a la muchacha, haciendo que alzase su cara.

Sus labios se encontraron casi sin proponérselo. Como si hubieran nacido el uno para el otro.

Y cuando se separaron, Lorena Wanton musitó:

—¿Qué dices ahora?

—Que eres la mujer más guapa y más estupenda que he conocido.

—¿Vas a casarte conmigo?

Y sonrió.

Esperaba que Zorro dijese: «¡Claro que sí! ¡Naturalmente! ¡Ahora mismo, muñeca!».

Pero lo único que el hombre dijo fue:

—¡No!

Lorena se apartó violentamente de él, dándole casi un empujón.

Y sus dientes chirriaron, mientras apretaba los puños.

—¿Crees que vas a reírte de mí? —gritó—. ¡Pues voy a advertirte una cosa! ¡Yo nunca cedo! ¡Cuando quiero una cosa la

consigo, sea un ferrocarril o sea un hombre! De modo que vas a tener que elegir entre dos cosas: ¡O morirte o casarte conmigo!

—Quieres decir que si estoy vivo, caeré en las redes, ¿no?

—¡Aunque sea a punta de revólver!

—No cabe duda de que eres una mujer decidida, Lorena.

—¡Tan decidida como un pistolero!

—Pues has tropezado con una piedra demasiado dura, muñeca. Porque cuando yo digo una cosa, la digo para siempre. No me dejo dominar, y mucho menos por una mujer.

Lorena Wanton apretó los puños.

—¡Vete con cuidado, amigo! ¡Porque vas a casarte, aunque tenga que clavarte un revólver en la nuca!

Zorro lanzó una carcajada.

—Yo sé el modo de que no te salgas con la tuya, preciosa.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! ¡Tengo un buen truco! ¡Por algo me llaman Zorro Finger!

Y se alejó mientras aún le quemaba en los labios el beso de la muchacha.

¡Menuda mujer!

Pero la libertad vale más que todo. Él no se comprometería.

Volvió a Seymour con una idea metida entre ceja y ceja.

CAPÍTULO XI

El camarero del saloon le recibió con una carcajada.

—Hola, amigo. ¿Le apetece un trago de *whisky*?

—Pero ¿qué pasa? ¿Es que el mundo ha cambiado de sitio? ¿La gente ya no bebe aquí leche caliente y licores de hierbas medicinales?

—El *sheriff* ha dado contraorden. Esto va a cambiar un poco, afortunadamente.

Finger bebió de un trago el licor que acababan de servirle, y luego preguntó:

—Amigo, aquí debe existir un pastor de almas, ¿no?

—Desde luego, puesto que tenemos una magnífica iglesia.

—¿Dónde puedo verle?

—Supongo que lo encontrará en su despacho. Suele pasar el día allí.

—Gracias, muchacho.

Y Finger se dirigió hacia la puerta, pero el otro le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Para qué necesita a un sacerdote? ¿Es que va a casarse?

El joven denegó con la cabeza, mientras guiñaba un ojo.

Salió y se dirigió a la iglesia.

Ésta era uno de los edificios más sólidos de la ciudad. No se trataba de una instalación más o menos provisional, sino que estaba construida a conciencia.

Pertenecía a un rito protestante evangélico. Finger no sabía bien a cuál.

Atravesó el templo y entró en una habitación, en cuya puerta se leía: «Despacho parroquial».

Había allí una mesa, dos sillas y una gran estantería con libros.

Pero no se veía a nadie.

—¡Eh! —llamó el joven—. ¿No está aquí el pastor de almas?

—Claro que está —dijo una vocecita.

Era una vocecita que parecía haber salido de debajo de la mesa.

Conteniendo su asombro, Finger miró allí.

Y vio a un individuo que, si no era tan pequeñajo como Pouce, se le parecía extraordinariamente.

Vestía de negro, y tenía unas orejas enormes.

—Yo soy el pastor Giant —dijo.

Finger quedó de piedra, porque Giant significa gigante.

Pero prefirió no discutir.

El individuo se encaramó a una silla y, por medio de una manivela, la hizo subir hasta situarla al nivel de la mesa.

Entonces trató de sonreír.

—¿Qué se le ofrece, hermano?

—Usted es el único pastor de almas que hay en unas doscientas millas a la redonda, ¿verdad?

—Desgraciadamente, sí. Y si tengo este templo, es gracias a la generosidad del señor Holden.

—Si usted no casa a la gente, ¿quién la casa?

—Nadie.

Finger lanzó una carcajada.

El otro puso mala cara.

—¿De qué se ríe, amigo?

—Pues de que va usted a hacer un viaje.

—¿Qué…?

—Se va a largar al otro lado de Sierra Nevada. Y no vuelva hasta dentro de cuatro meses, o lo va a pasar mal.

El enano le miraba con un asombro y también con una indignación difíciles de disimular. Pero, evidentemente, no estaba asustado.

—Nadie puede obligarme a eso, y menos un pistolero como usted.

—¿De veras?

Y Finger puso el revólver sobre la mesa, apuntando a la cabeza de su interlocutor.

—Es un asunto de vida o muerte —susurró—, de modo que se larga de aquí o empiezo a disparar ahora mismo.

Evidentemente no pensaba hacerlo, pero su voz y su cara eran las del hombre que se va a poner a dar gatillazos de un momento a otro.

El pastor de almas lo comprendió así. Y pensó que quizá valiera la pena largarse unos días para esquivar el peligro.

—De acuerdo —dijo—. Usted gana. Tiene ahí un «argumento» que me ha convencido del todo.

—¿Cuándo se larga?

—Déjeme reunir lo más indispensable.

—Dispone de dos horas.

—Está bien, hombre, está bien… No hace falta que se ponga así.

Y bajó de la silla, que ahora estaba en su punto más alto. Para ello necesitó hacer más maniobras que un alpinista.

Finger también se puso en pie.

—No se olvide de mis advertencias —dijo—. Seguro que ha oído hablar de mí.

—Por descontado. Y bastante mal.

—Pues si dentro de un par de horas no está fuera de la ciudad, no oirá hablar nunca más de nadie.

Y salió.

Al encontrarse en la calle, respiró hondamente.

Bueno, había ganado no sólo el primer «*round*», sino todo el combate.

Su libertad estaba a salvo. Y Lorena Wanton iba a llevarse un buen chasco cuando preparara la boda y no encontrase ni al cura.

En ese momento alguien dijo casi a sus pies:

—Eh, Finger…

Miró hacia el suelo, como quien busca una caja de cerillas, y vio al pequeñajo Pouce.

—¿Qué te pasa, grandullón?

—Malas noticias.

—¿Ha llegado a la ciudad alguien que no nos gusta?

—¿Que si ha llegado? Y tanto que sí… Nada menos que un fulano llamado Karter…

CAPÍTULO XII

Zorro Finger iba caminando con un pesado baúl por la calle principal de Seymour.

Era el mismo que había traído en la diligencia, y debía pesar mucho, porque el joven parecía cansado de transportarlo, a pesar de su tremenda fortaleza.

Fue al local de la Junta de Vecinos, donde había una pequeña cantina para uso exclusivo de éstos, en la cual se despachaban bebidas no alcohólicas. Aquellas bebidas eran muy poco sugestivas, pues estaban constituidas casi exclusivamente por el agua, la limonada y la leche. Como un lujo especial, en la leche se ofrecían dos variantes: el cliente podía elegirla de cabra o de vaca.

O sea que aquello era peor que el saloon.

Ni que decir tiene que los vecinos que se reunían «para divertirse» allí hablaban como si estuvieran en un entierro. La única bronca que se recordaba fue suscitada por una discusión acerca de si eran de mejor calidad los ataúdes de roble o de castaño.

Pues bien, Finger entró en el local, depositó el baúl en una de las mesas y se sentó en otra situada a cierta distancia, como si no quisiera saber nada con lo que acababa de transportar.

Tres hombres estaban viendo aquello desde un lugar oculto del porche frontero, al otro lado de la calle.

Uno de aquellos tres hombres se llamaba Karter. Los otros dos eran pistoleros reclutados por los antiguos capataces del ferrocarril.

—Vuelve a emplear el truco del baúl —dijo Karter—. Parece mentira que no se de cuenta de que eso está quedando ya demasiado viejo.

—Si empleó el truco en otro territorio, puede pensar que aquí no lo conoce nadie.

—Seguro… Pero esta vez le va a salir el tiro por la culata. Os juro que va listo.

Uno de los pistoleros preguntó:

—¿Estás convencido de que ese tío pequeñajo que cabe en el baúl ha venido también a la ciudad, Karter?

—Yo mismo lo he visto.

—¿Y cómo es?

Karter puso la mano a dos palmos del suelo.

—Buaa… Así. Una birria de tío. Os lo juro. No sólo cabría en ese baúl, sino en una cesta para ir a la compra. Seguro que ahora está metido ahí dentro, y espera liquidarnos cuando menos nos lo imaginemos.

—Pues esta vez le va a salir mal.

—¿Cuál es el plan, Karter?

—Nos presentaremos los tres en ese local. Dos desafiaremos a Finger, mientras el tercero está atento al baúl. Antes de que se abra, le enviará seis balas a boca de jarro. Veremos qué gracia le hace al tío que está metido ahí dentro.

—De acuerdo. ¿Cuándo habrá que actuar?

—Cuando Zorro Finger empiece a confiarse un poco. Dentro de quince minutos. Yo daré la señal.

—Precisamente ahora habla alguien con él.

—Magnífico. Así estará más distraído.

Era cierto lo que comentaban los tres pistoleros. Uno de los vecinos de Seymour, precisamente el tendero Rafols, se había acercado a Finger.

Le señaló, a través de la ventana, la llanura que se divisaba en casi todas direcciones. En esa llanura, varios hombres estaban construyendo febrilmente otro gran edificio de madera.

—¿Lo ha visto? —preguntó Rafols.

—La verdad, no me había dado cuenta… Eso ayer no estaba.

—Han empezado a construirlo esta mañana. A juzgar por la prisa que se dan, y como no les faltan ni materiales ni brazos, son capaces de tenerlo terminado esta misma noche.

—¿Qué piensan instalar ahí?

—Un saloon con escenario y todo.

—¿Cómo?…

Zorro Finger estaba sinceramente asombrado. Se notó incluso un

tono de falsete en su voz.

—Van a traer incluso chicas por el ferrocarril. Claro que… puede imaginarse qué chicas.

—Sí que se animan…

—Son muchos hombres, y necesitan diversión. Parece que es eso lo primero que han pedido, incluso con más interés que los alimentos y las medicinas. Ahora bien, yo me pregunto si el *sheriff* podrá hacer algo contra ese hecho consumado.

—Aparentemente, sí, porque ello queda dentro de su zona.

—Pero ¿se atreverá?

—Yo no se lo aconsejaría —musitó lentamente Finger—. El ferrocarril es símbolo de nuestro tiempo, y oponerse a ello resulta inútil. Si partimos, pues, de la base de que el ferrocarril se hará de todos modos, lo mejor es no plantear problemas. Esos hombres no van a estar aquí eternamente. Un día crearán otra estación terminal a ochenta millas de aquí, y se trasladarán con todo su equipo dejándonos en paz. Lo más que se verá desde estas ventanas, un par de veces por semana, será el convoy humeante que se pierde a lo lejos. Si yo pudiera influir en el ánimo del *sheriff* —añadió—, le pediría que no se opusiese.

Rafols se sentó a una de las mesas, y Finger le imitó. Sin preguntar, el mozo trajo a cada uno un gran vaso de leche. La verdad era que aquel local, según Finger, resultaba tan divertido como un panteón. Era como pasa ponerse a lanzar aullidos.

Rafols musitó:

—No sé qué es lo que le ocurre al *sheriff*. El otro día llegó incluso a pegarme.

—Yo tampoco lo entiendo; pienso que está nervioso… O tal vez un poco majareta.

—De todos modos no quiero tenérselo en cuenta —murmuró Rafols—. Holden no es mala persona en el fondo. Lo que ocurre es que está decidido a salvaguardar, a toda costa, la tranquilidad de este lugar, que él ama con todas sus fuerzas.

—Se alteró mucho con la muerte de su mujer, ¿verdad?

—Muchísimo. Él la amaba como a nadie en el mundo.

—¿Usted fue al entierro?

—¡Claro!

—¿Llegó a ver… el… cadáver en el ataúd?

Rafols abrió mucho los ojos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Le debe parecer un poco macabra, ¿verdad?

—No es eso… Es que me parece absurda.

—Pero ¿usted vio el cadáver?

—¡Claro que lo vi!

—Disculpe la pregunta. En realidad, es que tenía la sensación de que el *sheriff* Holden había llevado lo de la muerte de su mujer muy en secreto, casi hasta el extremo de dar sepultura él sólo al cadáver.

—Pues se equivoca, amigo. El día que enterramos a la mujer de Holden hubo lo que algunos periodistas de las naciones civilizadas llaman «una imponente manifestación de duelo». Todo el mundo desfiló ante el ataúd, que estaba abierto con un cristal, y todo el pueblo acompañó a esa pobre mujer, a Eleonora, hasta el último refugio.

Finger bebió un sorbo de leche y lamentó más que nunca que no se tratase de *whisky*.

Estaba completamente desorientado.

Rafols le miraba con atención. De pronto susurró:

—¿Qué le pasa?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Se ha puesto muy pálido…

—¿Usted cree en el más allá?

Ahora el que se puso pálido fue Rafols.

—Di… diantre. ¿Qué dice?

—Que si cree que las personas que han vivido pueden volver a vivir de algún modo.

—¿Quiere usted decir personas que ya están en el otro barrio?

—Exactamente. De las que no entran en su tienda, Rafols.

—Pues… mire, a mí no me saque de los comestibles y de los números. Todas esas zarandajas déjelas para los filósofos y los adivinos. Además, no veo que nada de lo que dice tenga relación con el *sheriff* Holden.

—No, puede que no…

Iba a añadir: «A menos que el *sheriff* Holden esté majareta, cosa muy probable…, acabará loco del todo si no se casa». Pero no tuvo tempo.

En aquel momento, tres hombres entraron en el local. Los tres

eran forasteros, y Finger conoció inmediatamente a uno de ellos. Se trataba del pistolero Karter.

Dijo en voz muy baja a Rafols:

—Lárguese si quiere seguir vendiendo alubias, amigo.

Y se puso en pie poco a poco.

Aparentemente, los tres hombres venían en son de paz. Se limitaron a mirar en torno suyo y a pedir cada uno un gran vaso de leche. Pero por la forma en que se distanciaron, Finger adivinó la táctica.

Rafols saludó presurosamente, largándose como alma que lleva el diablo. Finger quedó solo en la mesa, y desde ella contempló a Karter con la mejor de sus sonrisas.

—Hola —dijo—. ¿Marchan bien los negocios del ferrocarril?

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí, nada. Pero me daré una vuelta por ese saloon que estáis improvisando. Dicen que incluso habrá chicas.

—Ujú. Verdaderos monumentos.

—¿Por qué monumentos?

—Porque la menos antigua tiene ciento cincuenta años.

Karter lanzó una carcajada, como riendo su propia gracia, y luego añadió con voz ronca:

—No lo construimos nosotros, sino Lorena Wanton. Pero he estado pensando, Finger…

—Vaya… Pues te habrá costado muchísimo trabajo. ¿Y qué has llegado a pensar tú, Karter?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, que no fue limpia la muerte de aquellos fulanos en el vagón del ferrocarril.

—Hombre, reconozco que se mancharon un poco de polvo al caer. Limpia, lo que se dice limpia, no resultó la cosa.

—Hiciste trampa con aquel vaso.

—Si a la distancia en que estábamos no llego a distraer un poco su atención, la palmamos todos. No veo que nadie hubiera salido ganando con eso.

—Lo que tú sueltas son disculpas. Hiciste trampa, y he pensado que esto hay que arreglarlo.

—¿De qué modo? ¿Piensas «apiolarme» tú a mí para que las

cosas queden en su sitio?

—Has acertado, amigo. Premio.

Finger se distanció un poco, colocándose más en el centro de la sala, mientras levantaba ligeramente su mano derecha, un poco por encima del nivel de su culata.

—Ahora no podrás emplear tus trampas —rió Karter—. Todas las trampas que puedas intentar aquí están vigiladas.

—Sí, ya lo veo, pero tú, en cambio, empleas una trampa muy bonita. Sois tres contra uno.

—Sólo dos. Yo te aseguro que ése —señaló con el mentón al que estaba cerca del baúl—, no disparará contra ti.

—Voy comprendiendo. Pero, de todos modos, dos contra uno no deja de ser una situación bastante fastidiosa.

—Para ti, si. Pero hay una explicación: esto no es un desafío, sino una ejecución semi pública. Tú liquidaste ayer a unos amigos: hoy dos amigos te liquidamos a ti.

—Me parece un trato razonable.

—Pues ¿a qué diablos esperamos?

El encargado del mostrador ya se había pegado al suelo, y boqueaba amenazando con devolver las primeras papillas que tomó cuando era niño. Por lo demás, el local se hallaba vacío, a excepción de los que iban a pelear.

Uno de los tres pistoleros, el que se había distanciado más, contemplaba exclusivamente el baúl, con ojos de obsesionado. Se había colocado tan cerca que, en cuanto sacase los revólveres, los cañones casi tocarían la madera de la caja.

Si alguien había dentro de él, iba bien listo.

Los ojos de Zorro Finger, mientras tanto, se habían achicado un poco.

Volvía a ser el gun-man semi profesional, el hombre que mata sin pestañear, el que está acostumbrado a jugárselo todo a una sola baza, y conoce el valor de cada segundo de pelea.

Había adivinado que el más peligroso era Karter. Éste era un auténtico pistolero. El otro se movería con más o menos rapidez, según lo hiciera su jefe.

Pensó que debía eliminar ante todo a Karter si quería tener

alguna posibilidad de seguir vivo.

Fue Karter el que aulló:

—¡Saca!

Finger se lanzó de costado, mientras disparaba a través de la funda, y entonces sucedieron tres cosas.

La primera y más rápida fue que Karter se arqueó, crispado de dolor, mientras la bala le alcanzaba en el plexo solar, y su disparo, casi simultáneo con el de Finger, se clavó en la pared junto a la que se encontraba éste.

La segunda fue que su compañero sacó el revólver, pero en ese momento alguien golpeó con los nudillos en la ventana más próxima. Al volverse, el pistolero vio a un individuo pequeñajo, que le estaba haciendo muecas desde detrás de los cristales, con lo cual quedó paralizado, y perdió más tiempo que el que hubiera sido necesario para dar la vuelta a la ciudad.

Y tercera, que el otro
gun-man
disparó contra el baúl, mientras abría mucho la boca en una carcajada burlona.

Por los impactos redondos que habían causado las balas empezó a salir del baúl vinagre a presión, y el primer chorro llenó la boca abierta del pistolero.

Antes de que éste se diera cuenta, había tragado ya casi medio litro. Lanzó una especie de alarido, y empezó a dar volteretas por tierra, mientras profería maldiciones en todos los idiomas que él conocía, que eran el inglés y encima mal hablado.

Karter cayó de rodillas al suelo, sujetándose con la mano izquierda una extensa mancha de sangre y con la derecha intentó desesperadamente levantar el revólver para hacer fuego otra vez. Lo consiguió con un último espasmo, pero la bala se perdió en las tablas del suelo. Inmediatamente cayó de bruces, mientras un nuevo chorro de sangre manaba de su boca.

En cuanto al otro pistolero, el que miraba hacia la ventana, quedó tan petrificado al ver que el hombrecillo llamado Pouce no estaba en el baúl, que no supo qué hacer. Matarlo resultó para Finger lo más fácil del mundo.

Pero no lo hizo.

Se limitó a tirar contra el revólver, arrancándolo de la mano del

pistolero, y dejando en ésta una buena marca. El herido quedó como clavado en la barra, mientras de sus dedos resbalaba la sangre.

—Ahí tienes vinagre por si quieres curarte —dijo Finger, señalando el baúl con el mentón.

—Pe… pero…

—No soy tan estúpido como para emplear la misma trampa dos veces —dijo Finger a continuación—. Siento que tu jefe haya aprendido eso demasiado tarde.

—¿Qué… va… a hacer… con nosotros?

—No sois más que pobres pistoleros a sueldo. No intentaré nada si me prometéis dejar los revólveres y emplearos como simples obreros del ferrocarril.

Los dos
gun-men
se miraron.

Uno de ellos barbotó:

—¡Considérenos empleados, Finger! ¡Si de nosotros depende, el ferrocarril va a llegar al Pacífico la semana que viene!

Y salieron con tanta rapidez como las balas que acababan de ser disparadas en el local.

Finger hizo una seña para que entrara Pouce.

—Has estado magnífico. Si llegas a tardar un segundo más, ese otro pistolero me acribilla. Sólo he podido ocuparme de Karter, y encima con muchísimo trabajo.

Pouce hizo un gesto compungido.

—Pero nos han estropeado el baúl, jefe… Y aquí ya estamos gastados los dos. No se podrá emplear otro truco.

—No creo que sea necesario, muchacho. Aquí va a haber pa…

Iba a decir paz, pero en aquel momento sus palabras fueron cortadas por una verdadera sarta de disparos.

Éstos sonaban en la calle única de Seymour, pero unas yardas más abajo. Finger salió a la puerta y vio a cinco jinetes que pasaban por delante suyo como una exhalación, llevando al aire sus revólveres todavía humeantes. Fue todo tan rápido que ni él tuvo tiempo de sacar su arma nuevamente, ni los jinetes de disparar contra él, ya que apenas pudieron verle. Naturalmente, Finger tuvo posibilidad de tirar contra sus espaldas, cuando ya hubieron pasado,

pero ésa era una situación que no le gustaba, y además vio algo en el centro de la calle que le llamó mucho la atención: el *sheriff* Holden estaba caído en tierra.

Corrió hacia él, pero Holden ya se ponía trabajosamente en pie. Intentó sacar el revólver y no pudo, porque tenía el brazo derecho atravesado. El arma cayó a tierra.

—Esos perros… —balbució.

—¿Qué ha sucedido, Holden?

—Salieron galopando de repente, cuando yo cruzaba la calle… Debían… estar acechando… Esos carromatos se han acercado tanto que… casi los cubren… Por fortuna, me he tirado al suelo a tiempo y sólo han conseguido herirme…

Finger apretó los labios, haciendo una mueca amarga.

No era por el *sheriff*, cuya herida no podía resultar mortal.

Era por los habitantes de Seymour, y por los obreros honrados del ferrocarril. Porque se había declarado la guerra.

CAPÍTULO XIII

—Karter ha muerto —musitó—. Ahora sólo queda ese maldito de Johnson.

Mientras se ponía en pie y se sujetaba el brazo herido, el *sheriff* Holden hizo una mueca.

—Siempre lo he dicho: el ferrocarril no nos traería más que males. Y tú mismo lo estás viendo.

—Dentro de un año pensarás lo contrario, Holden. Y los líos terminarán cuando la línea la construya una persona honrada.

—Si te refieres a esa muñeca que he visto por ahí con un vestido rojo, te aseguro que…

—Es una mujer que sabe lo que se hace, Holden. No te impresiones por hombres. Ella sabrá poner límites a todo. Y cuando el ferrocarril esté construido, esta comarca será mejor que antes.

—Pero ahora es un ferrocarril al infierno.

—No te lo niego. Pero lo será solamente hasta que Johnson y sus cochinos pistoleros hayan muerto.

Anduvo unos pasos y luego se volvió.

—Y ahora hazme caso, Holden: vive como una persona normal. Deja de ser un obsesionado, y trata de querer un poco a esa pobre muchacha que haría cualquier cosa por ti. No se puede ser toda la vida lo único que tú has querido ser: el libro de la ley.

Y se alejó definitivamente.

El revólver pesaba en su costado derecho.

Ya lo había recargado de nuevo, y por lo tanto, estaba en situación de presentar batalla.

Pero ¿a quién?

No se veía a nadie.

Seymour no era más que una ciudad silenciosa y vacía, una

ciudad que parecía espantosamente muerta.

El joven miró hacia la llanura.

Nada, ni una nube de polvo.

Eso indicaba que los seis jinetes de Johnson aún tenían que estar entre las casas de Seymour.

Acechando…

Puso la mano sobre la culata, y avanzó poco a poco, pegado a las paredes de madera.

El silencio era tan espeso, que vibraba en sus oídos.

Parecía como si allí no habitara nadie. Como si él fuese el único ser vivo del mundo.

Pero sabía que en la ciudad acechaban al menos siete enemigos, y que el asesino Johnson era uno de ellos.

Dio la vuelta a la primera esquina.

Su cuerpo estaba tan pegado a la pared, que parecía formar parte de ésta.

Y fue eso lo que le salvó.

Las dos balas arañaron el ángulo con tal precisión, que le dejaron incluso dos pequeñas rayas en la mejilla.

Si llega a descuidarse un poco, le asan allí mismo.

Sus enemigos eran buenos tiradores y además tenían buenos rifles.

Distinguió las nubecillas de humo de los disparos. Flotaban en las ventanas de un gran almacén de heno que ocupaba el extremo oeste de la ciudad.

Pero Finger no se confió ni un momento, porque olió la trampa. Aquellos dos habían disparado para matarle, pero también para llamar su atención, en el caso de fallar. De ese modo, Finger se obcecaría con ellos, mientras los otros le acribillaban por la espalda.

Por eso no se movió.

Lo único que hizo fue entrar en la puerta que tenía junto a él, y que daba a una tienda, cuyos clientes se habían pegado todos al suelo.

—Necesito subir al tejado —musitó Finger—. ¿Por dónde?

El dueño le indicó un altillo, del que arrancaban unas escaleras que daban a una claraboya.

Zorro se dirigió velozmente hacia allí.

Tenía que obrar con toda rapidez, antes de que sus enemigos se

dieran cuenta de que ya no estaba en la esquina.

Calculó distancias y alzó de pronto la claraboya, asomando el revólver al mismo tiempo que la cabeza.

Quedaba ahora a la altura de las ventanas del almacén. Vio a los dos individuos armados de largos rifles «Winchester», que apuntaban hacia la esquina cuidadosamente.

Ellos le vieron también, pero en el último segundo, al escuchar el crujido de la claraboya.

Fueron a girar sus rifles.

El revólver de Finger se movió antes.

Sonaron dos disparos.

Los dos individuos quedaron espantosamente quietos, como petrificados, apoyados aún en la ventana.

Finger asomó la cabeza un poco más, mirando hacia abajo, hacia las cuatro esquinas que formaban la única encrucijada de Seymour.

Había un tipo apostado en una de ellas, con el rifle preparado. Era él quien constituía la parte principal de la trampa. Estaba encargado de matar a Zorro, cuando éste se apartara para esquivar los primeros balazos.

El joven disparó una vez, pero su ángulo de tiro resultaba muy difícil.

Sólo consiguió rozar al pistolero, que se dio cuenta del peligro y se parapetó, haciendo crepitar el rifle rabiosamente.

Otra bala hizo astillas los cristales de la claraboya.

Finger agazapó la cabeza. Se dio cuenta de que le tiraban también desde otro sitio.

Pero no podía quedarse allí, porque, si continuaba en la claraboya, le matarían cómodamente. Un pistolero que entrara en el establecimiento le vería de hombros para abajo, y podría matarle con más facilidad que a una mosca mareada. Finger no se lo iba a poner tan fácil.

Ni se lo ponían fácil a él.

Tenía que jugárselo todo a una carta.

Dio un enorme salto, saliendo despedido hacia los aires, como si debajo de él hubiera una catapulta. Dio dos vueltas por el tejado, rodando sobre el mismo, y cuando parecía como si fuese a caer a la calle, se puso en pie de un brinco.

Dio entonces otro salto, quizá el más peligroso que había

realizado en su vida, saltando de un tejado a otro por encima de un callejón.

En él había otros dos pistoleros.

Los dos dispararon al aire, tratando de cazar a aquella especie de pájaro. Lo único que consiguieron fue arrancar unas cuantas maderas de los tejados.

Se dieron cuenta entonces de que estaban en desventaja. El callejón no tenía más que una salida, y trataron de escapar por ella.

Uno dio un traspiés. No lanzó ni un grito. Su compañero oyó el disparo cuando vio que la sangre salía ya de la nuca atravesada por el balazo.

Él se revolvió ferozmente, apuntando hacia arriba.

Vio a Finger.

Pero cuando trataba de apuntar bien, se formó en sus pupilas una nube de color rojo. No llegó ni a sentir dolor. De pronto cayó cara al cielo, con las facciones deshechas.

Finger saltó desde allí al callejón.

Flexionó las piernas, tropezó con uno de los muertos, y estuvo a punto de rodar por tierra, pero al fin recobró el equilibrio mientras corría hacia la salida.

Vio a un tipo que cambiaba velozmente de posición corriendo de una esquina a otra.

No llegó a su sitio.

Finger disparó una sola vez, haciéndole dar una voltereta. Luego, el individuo quedó rígido, con las manos tendidas hacia el porche.

El joven salió.

Necesitaba ahora dominar toda la extensión de la calle Principal, para que sus dos últimos enemigos no escapasen. Sobre todo para que no escapara Johnson.

Avanzó por el porche, sin demasiada prisa, mientras recargaba el revólver.

El silencio volvía a ser insoportable y a zumbar en sus oídos como una pesadilla.

Los ojos de Finger escrutaban la calle, fijándose en todos los detalles de ésta.

Pero aun así, no pudo distinguir a aquel individuo que estaba tras uno de los escaparates del almacén, oculto entre una pila de

sacos. Cuando Finger pasó por delante del cristal, hizo funcionar su revólver.

Sólo una cosa salvó al joven. Esta vez tuvo una suerte loca. Fue una cosa a la que nadie hubiera dado importancia.

En el cristal del escaparate, en grandes letras metálicas sólidamente pegadas, se indicaba:

«SIMMONSS GENERAL STORE»

Dos de las letras saltaron por los aires, desviando las balas. Éstas silbaron materialmente junto a la cabeza de Finger, pero no le alcanzaron. El joven se volvió con el revólver a punto, mientras sus dientes chirriaban.

Vio al pistolero que trataba de ocultarse.

Masculló:

—¡Perro…!

Disparó una sola vez.

El malvado dio un rápido giro, cayó sobre los sacos y quedó allí con la boca espantosamente abierta.

Naturalmente, el cristal del escaparate había quedado destrozado.

Finger recogió del suelo una de las letras, partida por la mitad por la bala. Pensó que, si siempre tenía la misma suerte, iba a llegar lejos.

Pero no le quedaba tiempo para entretenerse.

Oyó el galopar de un caballo. Y se dio entonces cuenta de que un individuo elegantemente vestido trataba de alcanzarlo, saltando como un bólido sobre la silla.

Zorro lo reconoció.

Era Johnson.

Con las piernas arqueadas, gritó:

—¡Quieto, cobarde!

Johnson rodó por tierra, mientras el caballo se le escapaba. Un momento después, cubierto de polvo, se había puesto penosamente en pie.

Llevaba el revólver en la funda.

Y Finger lo había guardado también.

En sus labios flotaba una mueca de desprecio.

—No necesito ninguna ventaja para matar a una gallina coja, Johnson. Tú tienes un revólver y yo otro. De modo que defiéndete.

La derecha de Johnson temblaba, a pesar de que no era, ni mucho menos, un mal tirador.

Con voz ronca balbució:

—Finger, podríamos llegar a un acuerdo.

—El único acuerdo es éste: Si tan listo fuiste para matar a una mujer por la espalda, trata ahora de matar a un hombre cara a cara.

Johnson se dio cuenta de que nada podía esperar, excepto defender su piel a tiros.

Lanzó un aullido.

Su derecha voló en busca del revólver, mientras intentaba engañar a su enemigo, arrojándose a tierra.

Pero Finger conocía todos los trucos. Él era el primero en haberlos practicado alguna vez.

Disparó sin prisa.

La primera bala atravesó el hombro de Johnson, haciéndole soltar el revólver. La segunda le voló la cabeza.

Zorro Finger guardó el revólver pesadamente.

Bueno, la pesadilla había terminado.

Seymour volvía a ser una ciudad tranquila, al menos en parte. Habría en ella unas cuantas broncas, ¿quién lo dudaba?, pero ninguna ciudad del Oeste se libraba de eso. Y la gente que había atravesado el diabólico desierto de Nevada para llegar hasta allí, era amiga de la violencia. A nadie le importaba un trompazo más o menos.

Se pasó la mano izquierda por la boca, y fue al hotel.

Ya debía estar todo preparado, baúl incluido.

Necesitaba largarse pronto de allí.

Por si los casorios…

CAPÍTULO XIV

Cargado con el baúl, que pesaba lo suyo, el joven se dirigió hacia la casa de postas. La diligencia ya estaba allí esperando. Hacía una ruta corta (sólo hasta Carson City), pero en la capital era posible tomar otras que le llevarían aún más lejos.

Naturalmente, el baúl estaba agujereado por las balas.

Pero ya no contenía vinagre. Y el pequeño Pouce lo había limpiado escrupulosamente.

Lo cual resultaba natural, porque vivía allí más tiempo que fuera.

Finger pensó que lo tapizaría de nuevo, disimulando los balazos. Y el baúl podría servir para otras aventuras en mil ciudades distintas de aquélla.

Porque Finger aún pensaba ver mucho mundo.

¡Y tanto!

¡Cualquiera le atrapaba a él!

De pronto vio que el tendero Rafols se acercaba a él.

—Eh, amigo… No sé si usted lo sabrá. Pero ¿ha visto al pastor de almas?

—¿Quién lo busca? —preguntó inocentemente Zorro.

—El *sheriff* Es algo inaudito. Parece que… ¡que quiere casarse!

—¿Y el pastor de almas no aparece por ninguna parte?

—Por ninguna.

—Pues habrán de tener un poco de paciencia. Yo diría que se ha largado de la ciudad.

—¿Y por qué había de largarse?

Zorro no contestó.

Se limitó a soltar una risita, mientras seguía caminando.

Llegó a la diligencia para encontrarse con que allí le esperaba

nada menos que Lorena Wanton.

La muchacha estaba…, bueno, como siempre. Y hasta le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Finger, te estoy más agradecida que nunca —dijo—. Y como premio te vas a casar conmigo, ¡ahora!

—Je, je… A mí no me pesca nadie. Empiezas por no tener ni sacerdote para la ceremonia.

—¿Y si lo encuentro?

Finger estaba tan seguro de sí mismo, que lanzó otra carcajada.

—¡Si lo encuentras, me caso, nena!

Ella hizo un gesto y abrió violentamente el baúl.

Y de él salió un tipo pequeñajo, pero… ¡pero que no era Pouce!

¡Era el pastor de almas!

Guiñó un ojo a Finger y murmuró:

—Lo siento, amigo. Usted me amenazó con un revólver, pero la chica me amenazó con dos.

Y extrajo su libro para celebrar la ceremonia allí mismo.

—Así no me faltarán testigos —se justificó.

En efecto, había numerosos individuos que presenciaban la escena. Uno de ellos era Pouce, quien quedaba medio escondido detrás de una rueda.

Finger tendió la mano para sujetarlo por el cogote.

—Te voy a…

Pero Lorena Wanton le detuvo. Lo hizo con el gesto autoritario de la que sabe muy bien lo que le espera.

—Paciencia, cariño. Ahora tienes cosas más importantes que hacer…

Finger susurró:

—Y yo que me creía un hombre libre… Y yo que me creía un hombre de suerte…

El mayoral, que tenía los ojos clavados en las curvas de la muchacha, murmuró:

—¡Menudo tío! ¡Y aún se queja!

Pero la verdad era que Finger se quejaba sólo de boca para afuera.

Tenía que hacerlo.

Si las mujeres se creen que son lo primero del mundo, ¿qué sucedería si uno les dijera que está agradecido encima?

FIN